

A C A N T I L A D O

Franz Kafka
En la colonia
penitenciaria

EPÍLOGO Y TRADUCCIÓN DE
LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

EN LA COLONIA PENITENCIARIA

FRANZ KAFKA

EPÍLOGO Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS



ACANTILADO
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL
In der Strafkolonie

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2019 by Luis Fernando Moreno Claros
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-84-3

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
mayo de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

—Es un aparato *singular*—dijo el oficial al viajero explorador, y contempló con una mirada en cierta manera admirativa el aparato que él ya conocía tan bien.

El viajero parecía haber aceptado sólo por cortesía la invitación del comandante, quien le insistió para que presenciara la ejecución de un soldado que había sido condenado por desobediencia y ofensa a un superior. El interés por esta ejecución tampoco es que fuera demasiado grande en la colonia penitenciaria. Al menos aquí, en el pequeño valle, profundo y arenoso, rodeado de laderas peladas, aparte del oficial y del viajero, sólo estaban presentes el condenado, un hombre lerdo de pómulos anchos, con el pelo y el rostro desaliñados, y un soldado asignado para la ocasión, que sostenía la pesada cadena de la que salían otras cadenas más pequeñas con las que el condenado estaba sujeto por los tobillos y las muñecas, así como por el cuello, y que también estaban unidas entre sí mediante cadenas de eslabones. Por lo demás, al condenado se le veía tan caninamente sumiso que daba la impresión de que podía dejársele correr libremente por las laderas y que, llegada la hora de la ejecución, bastaría llamarlo con un silbido para que acudiera.

El viajero tenía poco interés en el aparato e iba de acá para allá detrás del condenado con casi palpable indiferencia, mientras el oficial se ocupaba de los últimos preparativos, tan pronto se escurría bajo el aparato, profundamente instalado en la tierra, como se subía a una escalera para inspeccionar las partes superiores. Éstos eran trabajos que bien podrían haberse dejado a un maquinista, pero el oficial los realizaba con un celo enorme, ya sea porque él era un partidario especial de este aparato, ya sea porque por otras razones no pudiera confiarse el trabajo a nadie más.

—¡Ahora está todo listo!—exclamó finalmente, y se bajó de la escalera. Estaba inusualmente cansado, respiraba con la boca muy abierta y se había introducido dos finos pañuelos femeninos de bolsillo tras el cuello del uniforme.

—Estos uniformes son demasiado pesados para los trópicos—dijo el viajero, en lugar de preguntar por el aparato, como había esperado el oficial.

—Cierto—dijo el oficial, y se lavó las manos manchadas de aceite y grasa en un cubo de agua dispuesto allí para eso—, pero significan la patria; nosotros no queremos perder la patria. Y ahora mire usted este aparato—añadió enseguida, se secó las manos con un trapo y señaló al mismo tiempo al aparato—. Hasta aquí todavía era necesario trabajo manual, pero a partir de ahora el aparato funcionará completamente solo.

El viajero asintió y siguió al oficial. Éste procuró asegurarse ante cualquier imprevisto y dijo:

—Naturalmente que pueden producirse desajustes; aunque espero que hoy no se produzca ninguno, no obstante siempre hay que contar con ellos. El aparato tiene que estar en marcha doce horas sin interrupción. Si de todas formas se produjeran desajustes, serían muy pequeños y enseguida los resolveríamos. ¿No quiere sentarse?—preguntó finalmente; de un montón de sillas de mimbre sacó una y se la ofreció al viajero.

Éste no pudo rehusar, así que ahora estaba sentado al borde de una fosa, a la que lanzó una mirada fugaz. No era muy honda. En una parte de la fosa se amontonaba la tierra excavada formando un terraplén, en la otra parte se hallaba el aparato.

—No sé—dijo el oficial—si el comandante le ha explicado ya el aparato.

El viajero hizo un gesto impreciso con la mano; el oficial no deseaba nada mejor, pues ahora él mismo podía explicar el aparato.

—Este aparato—dijo, y agarró el mango de una manivela en el que se apoyó—es un invento de nuestro anterior comandante. Yo mismo colaboré en los ensayos preliminares y seguí participando en los trabajos posteriores hasta el final. Aun así, el mérito del invento le corresponde sólo a él. ¿Ha oído hablar de nuestro anterior comandante? ¿No? Pues bien, no exagero si digo que la organización de toda la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, supimos en cuanto murió que la organización de la colonia está tan bien trabada en sí misma que su sucesor, aunque tenga mil planes nuevos en la cabeza, al menos durante muchos años no podrá modificar nada de lo antiguo. Nuestra predicción se ha cumplido; el nuevo comandante ha debido reconocerlo. ¡Qué pena que usted no haya conocido al anterior comandante! Pero...—se interrumpió el oficial—yo de charla y su aparato está aquí delante

de nosotros. Consta, como usted ve, de tres partes. Con el paso del tiempo han ido adoptándose para cada una de estas partes nombres que en cierto modo podríamos denominar de raigambre popular. La de abajo se llama la «cama», la de arriba, el «dibujante», y aquí, en el medio, la parte móvil se llama la «grada».

—¿La «grada»?—preguntó el viajero. No había estado prestando mucha atención, el sol caía con demasiada fuerza en el valle sin sombras, era difícil mantener la coherencia de los pensamientos. Por eso tanto más admirable le parecía el oficial, que con su guerrera ajustada, de gala, cargada de charreteras y cordones colgantes, explicaba su asunto con tanto afán y además de eso, mientras hablaba, con un destornillador apretaba aquí y allá algún tornillo.

Similar actitud a la del viajero parecía haber adoptado el soldado. Tenía enrolladas en ambas muñecas las cadenas del condenado, con una mano se apoyaba en su fusil, la cabeza y el cuello inclinados hacia abajo, y no se preocupaba de nada. El viajero no se sorprendió por ello, pues el oficial hablaba en francés y francés seguro que no entendían ni el soldado ni el condenado. De ahí que llamase más la atención que el condenado se esforzara, a pesar de todo, por seguir las explicaciones del oficial. Con una especie de soñolienta perseverancia, dirigía la mirada allá adonde el oficial señalaba cada vez, y cuando éste fue interrumpido por el viajero con una pregunta, también él, lo mismo que el oficial, miró al viajero.

—Sí, la «grada»—dijo el oficial—, el nombre cuadra. Las agujas están ordenadas al igual que en una grada, y también el conjunto se maneja como una grada, aunque en un solo lugar y con mucho más arte. Lo comprenderá enseguida. Aquí, sobre la «cama», se tiende al condenado. Pero primero voy a describir el aparato y sólo después comenzaré con el procedimiento mismo. Así podrá usted seguirlo mejor. Hay una rueda dentada en el «dibujante» demasiado desgastada; chirría mucho cuando está en marcha; entonces apenas podremos entendernos; las piezas de repuesto son aquí desgraciadamente muy difíciles de conseguir. Así que aquí tenemos la «cama», como dije. Está recubierta por entero de una capa de guata; su finalidad la comprenderá usted enseguida. Sobre esta guata se tiende boca abajo al condenado desnudo, naturalmente; aquí hay correas para las manos, aquí para los pies, aquí para el cuello, para amarrarlo bien. Aquí, al final de la cabecera de la «cama», donde

yace el hombre, tal y como he dicho, boca abajo, está este pequeño cabo de fieltro, que puede regularse fácilmente para que ajuste en la boca del hombre. Tiene la finalidad de impedir que grite y que se muerda la lengua. Como es natural, el hombre tiene que aceptar el fieltro, pues de lo contrario las correas que le sujetan el cuello le romperían la nuca.

—¿Esto es guata?—preguntó el viajero inclinándose.

—Sí, ciertamente—dijo riendo el oficial—, tóquela usted mismo. —Tomó la mano del viajero y la pasó por encima de la «cama»—. Es una guata preparada de manera especial, por eso parece tan irreconocible; ya llegará el momento de hablarle de su finalidad.

El viajero empezaba a interesarse un poco por el aparato; con la mano sobre los ojos para protegerse del sol, miraba a lo alto del aparato. Era una gran estructura. La «cama» y el «dibujante» tenían igual dimensión y se asemejaban a dos oscuros arcones. El «dibujante» estaba montado unos dos metros por encima de la «cama»; ambos se hallaban unidos en las esquinas mediante cuatro varillas de latón que parecían centellear al sol. Entre los arcones, la grada pendía de una banda de acero.

El oficial apenas había notado la anterior indiferencia del viajero, aunque ahora sí que se había dado cuenta de su creciente interés; por eso hizo una pausa en sus explicaciones a fin de dejarle tiempo al viajero para la tranquila contemplación. El condenado imitó al viajero; como él no podía protegerse los ojos con la mano, miró a lo alto con los ojos descubiertos, parpadeando.

—Entonces aquí yace el hombre—dijo el viajero, se arrellanó en su sillón y cruzó las piernas.

—Sí—dijo el oficial, se echó la gorra un poco hacia atrás y se pasó la mano por el rostro ardiente—. ¡Ahora escuche! Tanto la «cama» como el «dibujante» tienen su propia batería eléctrica; la «cama» la necesita para ella misma; el «dibujante», para la «grada». En cuanto el hombre está amarrado, la «cama» se pone en movimiento. Vibra con oscilaciones mínimas, muy rápidas, producidas de manera simultánea de lado a lado, lo mismo que arriba y abajo. Habrá visto aparatos similares en sanatorios; sólo que en nuestra «cama» todos los movimientos están calculados con precisión; pues tienen que ajustarse exactamente a los movimientos de «la grada». A esta grada es a la que se confía en verdad la ejecución de la sentencia.

—¿Y cuál es la sentencia?—preguntó el viajero.

—¿Pero todavía no lo sabe?—dijo el oficial sorprendido, y se mordió los labios—: Discúlpeme si quizá mis explicaciones son desordenadas; le pido encarecidamente perdón. Las explicaciones solía darlas antes el comandante; pero el nuevo comandante ha declinado ocuparse de ese deber tan honorable; que él, sin embargo, a una visita tan eminente...—El viajero trató de rechazar esa denominación con ambas manos, pero el oficial insistió en la expresión—: A una visita tan eminente ni siquiera la ponga en conocimiento de la forma de nuestra sentencia es otra novedad que...—A punto estuvo de soltar un juramento, pero se contuvo y sólo dijo—: A mí no se me informó, yo no tengo la culpa. Por otra parte, soy el más capacitado para explicar nuestras sentencias, puesto que aquí llevo—se golpeó en el bolsillo del pecho—los pertinentes dibujos trazados por la mano del anterior comandante.

—¿Dibujos del propio comandante?—preguntó el viajero—: ¿Es que él lo reunía todo en su persona? ¿Era soldado, juez, constructor, químico, dibujante?

—Eso es—dijo el oficial asintiendo con la cabeza, con la mirada fija y absorta. Luego se examinó las manos; no le parecieron lo suficiente limpias como para tocar los dibujos, así que fue al cubo y se las lavó otra vez. Después sacó una pequeña cartera de cuero y dijo—: Nuestra sentencia no suena muy dura. Al condenado se le escribe en el cuerpo con la «grada» el mandato que ha infringido. A este condenado, por ejemplo—el oficial señaló al hombre—se le escribirá en el cuerpo: «¡Honra a tus superiores!».

El viajero miró fugazmente al hombre; cuando el oficial lo señaló, éste mantuvo la cabeza gacha y pareció aguzar el oído para enterarse de algo. Pero los movimientos de sus labios hinchados y apretados mostraban abiertamente que no podía entender nada. El viajero hubiera querido hacer diversas preguntas, pero a la vista del hombre sólo preguntó:

—¿Conoce él su sentencia?

—No—dijo el oficial, y quiso continuar de inmediato con sus explicaciones, pero el viajero lo interrumpió:

—¿Él no conoce su propia sentencia?

—No—repitió el oficial; se detuvo entonces un momento, como si esperara del viajero una argumentación más detallada de su pregunta, y añadió—: Sería inútil comunicársela. La experimentará en su propio cuerpo.

El viajero quiso callarse, pero entonces sintió que el condenado lo miraba; parecía preguntarle si aprobaba el procedimiento descrito. Por eso el viajero,

que ya se había arrellanado otra vez, volvió a inclinarse hacia adelante y aún preguntó:

—Pero que está condenado, eso sí lo sabrá, ¿o no?

—Tampoco—dijo el oficial, y sonrió al viajero como si ahora esperara de él otras declaraciones extraordinarias.

—No—dijo el viajero y se pasó la mano por la frente—. ¿Entonces el hombre tampoco sabe ni siquiera ahora cómo se asumió su defensa?

—Él no ha tenido oportunidad de defenderse—dijo el oficial, y miró a un lado, como si hablara consigo mismo y no quisiera avergonzar al viajero con el relato de cosas que para él eran tan evidentes.

—Pero debería haber tenido oportunidad de defenderse—dijo el viajero, y se levantó del sillón.

El oficial advirtió que corría el peligro de demorarse por largo tiempo en la explicación del aparato; así que se acercó al viajero, lo tomó del brazo, señaló con la mano al condenado, que ahora, puesto que la atención se concentraba en él de manera tan evidente, adoptó la posición de firmes—también el soldado dio un tirón a la cadena—, y dijo:

—La cosa está más menos así. He sido nombrado juez aquí en la colonia penitenciaria. A pesar de mi juventud. Pues también estuve al lado del anterior comandante en todos los asuntos penales y, además, soy el que mejor conoce el aparato. El principio según el cual yo decido es: la culpa es siempre indudable. Otros tribunales pueden no seguir este principio, puesto que constan de varios miembros y tienen además por encima de ellos a otros tribunales todavía más importantes. Éste no es aquí el caso, o al menos no lo era con el anterior comandante. El nuevo ha mostrado ganas de entrometerse en mi tribunal, pero hasta ahora he logrado pararlo, y seguiré lográndolo. Quería usted que se le explicara este caso; es muy sencillo, como todos. Un capitán ha puesto la denuncia hoy por la mañana en la que se acusa a este hombre, que le ha sido asignado a él como asistente y duerme ante su puerta, de haberse quedado dormido durante el servicio. Tiene el deber de levantarse cada hora y saludar ante la puerta del capitán. Deber nada difícil, ciertamente, pero muy necesario, puesto que el asistente tiene que mantenerse fresco tanto para la vigilancia como para prestar servicio. El capitán quiso comprobar la pasada noche si el asistente cumplía con su deber. Abrió la puerta al dar las dos y lo encontró acurrucado durmiendo. Cogió la fusta y le cruzó la cara.

Ahora bien, en lugar de levantarse y pedirle perdón, el hombre agarró a su superior por las piernas, lo zarandeó y le gritó: «¡Deja ese látigo o te devoro!». Éstos son los hechos. El capitán se presentó ante mí hace una hora, le tomé declaración y enseguida dicté la sentencia. Después hice encadenar al hombre. Todo fue muy sencillo. Si hubiera tenido que citar primero al hombre e interrogarlo, lo único que hubiera conseguido es enredarlo todo. Él habría mentido, y si yo hubiera conseguido desmontar sus mentiras, las habría sustituido por nuevas mentiras, y así sucesivamente. Pero ahora lo tengo y ya no lo soltaré nunca. ¿Está ahora todo aclarado? Pero el tiempo pasa, la ejecución debería haber comenzado ya, y aún no he terminado con la explicación del aparato. —Apremió al viajero para que volviera a sentarse en el sillón, se acercó otra vez al aparato y comenzó—: Como usted ve, la «grada» tiene la forma del cuerpo humano; aquí está la «grada» para el torso, aquí están las «gradas» para las piernas. Para la cabeza sólo se dispone de este pequeño buril. ¿Le queda claro?—Se inclinó amistosamente hacia el viajero, dispuesto a dar las más exhaustivas explicaciones.

El viajero miraba la «grada» con el ceño fruncido. Las informaciones sobre el procedimiento judicial no lo habían dejado satisfecho. Aun así, tuvo que decirse que se trataba de una colonia penitenciaria, que aquí eran necesarias medidas disciplinarias especiales y que había que proceder militarmente hasta el final. Pero aparte de esto, había depositado alguna esperanza en el nuevo comandante, quien evidentemente, aunque por lo demás con lentitud, tenía la intención de imponer un nuevo procedimiento, que no acababa de entrar en la limitada cabeza de este oficial. Al hilo de estos pensamientos, el viajero preguntó:

—¿Asistirá el comandante a la ejecución?

—No es seguro—dijo el oficial, violento por la pregunta directa, y su gesto amable se ensombreció—: precisamente por eso tenemos que darnos prisa. Incluso, por mucha pena que me dé, me veo obligado a acortar mis explicaciones. Pero puedo venir mañana, una vez que el aparato esté limpio (que se ensucie tanto es su único fallo), y proseguir con explicaciones más detalladas. Así que ahora, sólo lo más necesario. Cuando el hombre yace en la «cama» y ésta comienza a vibrar, la «grada» desciende sobre el cuerpo. Ella misma se posiciona de tal manera que apenas roza el cuerpo con las puntas; una vez terminado el ajuste, enseguida este cable de acero se tensa tanto como

una barra rígida. Y entonces empieza el juego. Alguien inexperto no advierte ninguna diferencia externa en las penas. La «grada» parece trabajar siempre de la misma forma. Sin parar de vibrar, clava sus agujas en el cuerpo, que vibra también en la «cama». A fin de permitir que cualquiera pueda examinar la ejecución de la sentencia, la «grada» se construyó de vidrio. Causó algunas dificultades técnicas sujetar allí las agujas, pero después de muchos intentos lo logramos. No hemos escatimado ningún esfuerzo. Así que ahora cualquiera puede ver a través del vidrio cómo va completándose la inscripción en el cuerpo. ¿No quiere acercarse un poco más y examinar las agujas?

El viajero se levantó despacio, se acercó y se inclinó sobre la grada.

—Puede ver—dijo el oficial—dos clases de agujas en diferente orden. Cada una de las largas tiene otra corta a su lado. La larga es la que escribe, y la corta inyecta agua para lavar la sangre y mantener la inscripción siempre limpia. El agua ensangrentada discurre luego por estos pequeños canales de aquí, para fluir finalmente por este canal principal cuyo tubo de desagüe conduce al hoyo. —El oficial mostró con el dedo el camino exacto que tenía que recorrer el agua ensangrentada.

Cuando para hacerlo más visible colocó ambas manos en la boca del desagüe, el viajero alzó la cabeza y, tanteando con la mano hacia atrás, intentó volver a su sillón. Entonces vio con horror que también el condenado había secundado la invitación del oficial para observar de cerca la disposición de la «grada». Había tirado un poco del soldado adormilado con la cadena y se había inclinado igualmente sobre el vidrio. Se veía cómo también él, con ojos inseguros, buscaba aquello que los otros dos hombres ya habían visto, pero como le faltaba la explicación, no era capaz de lograrlo. Se inclinaba aquí y allá. Una y otra vez recorría el vidrio con los ojos. El viajero quiso apartarlo de allí, pues lo que hacía era seguramente punible. Pero el oficial sujetó firmemente al viajero con una mano, tomó con la otra un terrón del terraplén y se lo arrojó al soldado. Éste abrió los ojos de golpe, vio lo que se había atrevido a hacer el condenado, dejó caer el fusil, afianzó los pies en el suelo con los tacones, tiró del condenado hacia atrás de modo que éste cayó al suelo, y luego miró cómo allí abajo, revolviéndose, hacía resonar sus cadenas.

—¡Levántalo!—gritó el oficial, pues notaba que el viajero se había distraído demasiado por causa del condenado.

El viajero se había inclinado incluso más allá de la «grada», sin

preocuparse por ella, y sólo quería comprobar qué ocurría con el condenado.

—¡Trátalo con cuidado!—gritó de nuevo el oficial. Rodeó el aparato, agarró él mismo por las axilas al condenado, cuyos pies resbalaban una y otra vez, y lo puso de pie con la ayuda del soldado.

—Ahora ya lo sé todo—dijo el viajero, en cuanto el oficial volvió junto a él.

—Excepto lo más importante—dijo éste, tomó del brazo al viajero y señaló a lo alto—: Allí, en el «dibujante», está el engranaje que determina el movimiento de la «grada», y este engranaje se dispone siguiendo el dibujo de la sentencia. Yo todavía utilizo los dibujos del anterior comandante. Aquí están—sacó algunas hojas de la cartera de cuero—, pero por desgracia no puedo dejar que los toque, pues son lo más preciado que tengo. Siéntese, se los mostraré desde esta distancia, así podrá verlo todo muy bien.

Enseñó la primera hoja. El viajero hubiera querido expresar algún signo de reconocimiento pero sólo veía multitud de líneas entrecruzadas en una suerte de laberinto, cubriendo el papel de tal manera que sólo con mucho esfuerzo podían distinguirse los espacios en blanco entre ellas.

—Lea usted—dijo el oficial.

—No puedo—dijo el viajero.

—Pero si está claro—dijo el oficial.

—Es muy artístico—dijo el viajero, evasivo—, pero no puedo descifrarlo.

—Sí—dijo el oficial, sonrió y volvió a guardar la cartera—, no es caligrafía para escolares. Hay que practicar mucho. Seguro que usted también terminaría entendiéndola. Desde luego que no es lícito que sea una escritura fácil; no debe matar enseguida, sino al cabo de un período de unas doce horas; el punto crítico está calculado para la sexta hora. Así que muchas filigranas tienen que rodear a la inscripción propiamente dicha; la inscripción real sólo ocupa una pequeña franja en torno al cuerpo; las partes restantes del cuerpo se reservan para las filigranas. ¿Puede usted apreciar ahora el trabajo de la «grada» y del aparato entero? ¡Pero véalo!—Saltó a la escalera, giró una rueda, y gritó hacia abajo—: ¡Atención, hágase a un lado!—Y todo se puso en movimiento.

Si la rueda no hubiera rechinado, habría sido magnífico. Como si el oficial hubiera sido sorprendido por esta rueda molesta, la amenazó con el puño, después abrió los brazos, excusándose, en dirección al viajero, y descendió

deprisa por la escalera para observar desde abajo el funcionamiento del aparato. Aún había algo que no estaba en orden, y que sólo él notaba; volvió a subir por la escalera, agarró algo con ambas manos en el interior del «dibujante», después se deslizó por una de las barras para llegar más rápido abajo, y entonces gritó con todas sus fuerzas en el oído del viajero para hacerse oír en el estruendo:

—¿Comprende usted el funcionamiento? La «grada» empieza a escribir; cuando termina con el primer esbozo de la inscripción en la espalda del hombre, rueda la capa de guata y rota el cuerpo lentamente de costado a fin de ofrecer nuevo espacio a la «grada». Entretanto las partes heridas con la inscripción entran en contacto con la guata, que como consecuencia de la preparación especial detiene de inmediato la hemorragia y dispone para una nueva incisión de la escritura. Aquí, conforme el cuerpo sigue girando, las puntas dispuestas al borde de la «grada» desgarran la guata de las heridas, la arrojan a la fosa, y la «grada» tiene trabajo de nuevo. Así va escribiendo cada vez más profundamente durante doce horas seguidas. Las primeras seis horas el condenado está casi tan vivo como antes, sólo padece dolores. Después de dos horas se le retira el fieltro, pues el hombre ya no tiene fuerzas ni para gritar. Aquí, en este cuenco calentado con electricidad, situado en la cabecera, se pone papilla de arroz caliente, del que el hombre, si tiene ganas, puede tomar lo que alcance con la lengua. Ninguno desaprovecha la oportunidad. No conozco a ninguno, y mi experiencia es amplia. Sólo hacia la sexta hora pierde las ganas de comer. Suelo arrodillarme entonces aquí abajo y observo este fenómeno. Rara vez el hombre traga el último bocado, sólo lo remueve en la boca y lo escupe en la fosa. Entonces tengo que agacharme o me daría en la cara. ¡Pero qué tranquilo se queda después el hombre en la sexta hora! Hasta el más estúpido empieza a comprender. Comienza en los ojos. Se extiende de ahí en adelante. Una visión que podría llegar a seducirle a uno tanto como para tenderse junto a él bajo la «grada». Ya no sucede nada más, el hombre comienza a descifrar la escritura, frunce los labios como si escuchara. Ha visto usted que no es fácil descifrar la escritura con los ojos; pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Desde luego que es mucho trabajo; necesita seis horas para su conclusión. Pero después la «grada» lo ensarta por completo y lo arroja a la fosa, donde cae estampándose contra el agua ensangrentada y la guata. Entonces ha terminado la ejecución de la sentencia y

nosotros, yo y el soldado, lo enterramos.

El viajero había inclinado el oído hacia el oficial y, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, miraba el trabajo de la máquina. También el condenado la miraba, pero sin comprender. Éste se agachó un poco para seguir las agujas oscilantes, cuando el soldado, a una señal del oficial, con un cuchillo le cortó por detrás la camisa y el pantalón, de modo que se desprendieron del condenado; él quiso recoger los harapos caídos para cubrir su desnudez, pero el soldado lo levantó y le sacudió los últimos jirones. El oficial detuvo la máquina, y en el silencio que sobrevino tendieron al condenado bajo la «grada». Lo liberaron de las cadenas para atarle las correas; en un primer instante, esto pareció significar casi un alivio para el condenado. Entonces la «grada» bajó un poco más, pues era un hombre delgado. Cuando lo rozaron las puntas de las agujas, un escalofrío le recorrió la piel; mientras el soldado se ocupaba de la mano derecha, él estiró la izquierda, sin saber hacia dónde; pero era la dirección en la que se hallaba el viajero. El oficial miraba de soslayo continuamente al viajero, como si quisiera leer en su rostro la impresión que le causaba la ejecución, que él ya le había explicado al menos superficialmente.

La correa destinada a la muñeca se rompió; probablemente el soldado la había apretado demasiado fuerte. El oficial debía ayudar, el soldado le mostró el trozo de correa roto. Así que el oficial se acercó a él y, con el rostro vuelto hacia el viajero, dijo:

—La máquina es muy complicada, siempre hay algo aquí o allá que se rompe o se quiebra; pero no hay que permitir que eso nos confunda en nuestro juicio general. Precisamente para la correa tendremos sustitución inmediata; usaré una cadena, aunque con esto la suavidad de la vibración para el brazo derecho se verá un poco afectada. —Y mientras colocaba la cadena añadió—: Los medios para el mantenimiento de la máquina son ahora muy limitados. Bajo el anterior comandante, se ponía a mi libre disposición una suma de dinero destinada sólo a este propósito. Había aquí un almacén en el que se guardaban todos los recambios. Lo confieso, casi me comporté con prodigalidad, me refiero a antes, no ahora, como afirma el nuevo comandante, al que todo le sirve como excusa para luchar contra las viejas disposiciones. Ahora él mismo gestiona el dinero de la máquina, y si pido una correa nueva, exigirá la rota como prueba; la nueva tardará en llegar diez días, será de mala

calidad y no servirá para mucho. Pero cómo pueda yo arreglármelas con la máquina sin correa en ese tiempo, eso no le preocupa nadie.

«Siempre es arriesgado intervenir con decisión en asuntos ajenos», pensó el viajero. Él no era ciudadano de la colonia penitenciaria ni tampoco ciudadano del Estado al que ésta pertenecía. Si él quisiera juzgar esta ejecución o incluso obstaculizarla, podrían decirle: «Tú eres un extranjero, estate quieto». A eso no podría objetar nada, tan sólo añadir que él no se comprendía a sí mismo en este caso, pues tan sólo viajaba con la intención de ver y de ningún modo para cambiar procedimientos judiciales foráneos. Sin embargo, el estado de las cosas aquí, desde luego, era muy tentador. La injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución eran indudables. Nadie podía suponer alguna clase de interés personal del viajero, pues el condenado era un extraño para él, ni un compatriota ni tampoco un hombre que indujera a la compasión. El viajero mismo tenía recomendaciones de las más altas instancias, lo habían recibido aquí con gran cortesía, y que lo hubieran invitado a esta ejecución parecía incluso indicar que se esperaba su opinión sobre este procedimiento penal. Esto era incluso más probable en tanto en cuanto el comandante, tal y como había oído ahora con suma claridad, no era ningún partidario de este procedimiento y casi se comportaba con hostilidad frente al oficial.

Entonces el viajero oyó un grito de cólera del oficial. Precisamente éste acababa de colocarle en la boca al condenado el cabo de fieltro, no sin trabajo, cuando el condenado, en un insoportable ataque de náuseas, cerró los ojos y vomitó. A toda prisa el oficial lo alzó y lo apartó del cabo, e intentó girarle la cabeza hacia la fosa; pero era demasiado tarde, la inmundicia ya se derramaba por la máquina.

—¡Todo es culpa del comandante!—gritó el oficial, y sacudió sin pensarlo las barras de latón de la parte delantera—. La máquina se me quedará tan sucia como un establo. —Con manos temblorosas mostró al viajero lo que acababa de pasar—. He intentado durante horas hacerle comprender al comandante que un día antes de la ejecución no debe suministrarse ninguna comida. Pero la nueva e indulgente dirección tiene otra opinión. Las damas del comandante atiborran al hombre hasta el gaznate con cosas dulces antes de que lo traigan. ¡Su vida entera ha estado alimentándose de peces nauseabundos y ahora tiene que comer dulces! Pues que así sea, no pondré objeciones, pero

¿por qué no me consiguen un fieltro nuevo tal y como llevo pidiendo desde hace tres meses? ¿Cómo puede alguien meterse en la boca sin asco ese fieltro que han chupado y mordido más de cien hombres en su agonía?

El condenado había agachado la cabeza y parecía tranquilo, y el soldado estaba ocupado en limpiar la máquina con la camisa del condenado. El oficial se acercó al viajero, que dio un paso atrás como con algún presentimiento, pero el oficial lo tomó de la mano y lo llevó aparte.

—Quiero hablar con usted unas palabras en confianza—dijo—, ¿me permite hacerlo, verdad?

—Ciertamente—contestó el viajero, y escuchó con los ojos bajos.

—Este procedimiento y esta ejecución que ahora ha tenido usted oportunidad de admirar en la actualidad no tiene en nuestra colonia ningún partidario que la defienda abiertamente. Yo soy su único defensor, a la par que el único defensor de la herencia del anterior comandante. Ya que no puedo pensar en una ulterior ampliación del procedimiento, empleo todas mis fuerzas en conservar el que hay. Cuando vivía el viejo comandante, la colonia estaba llena de partidarios suyos; yo he heredado en parte la fuerza de convicción del viejo comandante, pero me falta por entero su poder; como consecuencia de ello, sus partidarios se han ocultado; todavía hay muchos, pero ninguno lo confiesa. Si hoy, es decir, un día de ejecución, fuera usted a la casa de té y escuchara un poco lo que se comenta por allí, oiría quizá sólo declaraciones ambiguas. Son verdaderos partidarios, pero con el comandante actual y con sus actuales puntos de vista a mí no me sirven para nada. Y ahora le pregunto a usted: ¿por culpa de este comandante y de sus mujeres, que influyen en él, la obra de toda una vida—señaló a la máquina—se irá al traste? ¿Es lícito permitir que esto suceda? ¿Aun siendo uno un extranjero que pasa sólo unos pocos días en nuestra isla? Pero no hay tiempo que perder, se está preparando algo contra mi jurisdicción; están teniendo lugar deliberaciones en la comandancia a las que yo no he sido invitado; incluso su visita de hoy me parece significativa en toda esta situación; son cobardes y lo mandan a usted por delante, un extranjero. ¡Qué distinta era la ejecución en otros tiempos! Un día antes del ajusticiamiento el valle entero se llenaba de gente; todos venían sólo para presenciarlo; por la mañana temprano aparecía el comandante con sus damas; las fanfarrias despertaban a todo el campamento; yo daba el parte de que todo estaba preparado; el público (a ningún alto funcionario le estaba

permitido faltar) se reunía alrededor de la máquina; este montón de sillones de mimbre es un pobre vestigio de aquel tiempo. La máquina resplandecía recién limpia, casi para cada ejecución empleaba yo nuevas piezas de recambio. Ante cientos de ojos (todos los espectadores estaban de puntillas hasta esas colinas de allá), el mismísimo comandante tendía al condenado bajo la «grada». Lo que hoy le está permitido desempeñar a un vulgar soldado era en aquel tiempo mi trabajo, el del presidente del tribunal, y me honraba. ¡Y entonces comenzaba la ejecución! Ninguna nota discordante entorpecía el trabajo de la máquina. Muchos dejaban de mirarla y yacían en la arena con los ojos cerrados; todos sabían: ahora se hace justicia. En el silencio sólo se oían los gemidos del condenado, amortiguados por el fieltro. Hoy la máquina ya no logra arrancar al condenado un gemido tan fuerte que el fieltro no pueda asfixiar; pero entonces goteaba de las agujas un fluido cáustico que hoy ya no está permitido utilizar. Bien, ¡y luego llegaba la sexta hora! Era imposible satisfacer todos los ruegos de cuantos pedían que se les permitiera mirar desde más cerca. El comandante, con buen criterio, ordenaba que primero se tuviera en cuenta a los niños; desde luego que gracias a mi ocupación, yo tenía permiso para estar siempre presente; a menudo me quedaba allí en cuclillas, con dos niños pequeños a derecha e izquierda en mis brazos. ¡Cómo asumíamos todos la expresión de transfiguración del rostro martirizado! ¡Cómo se elevaban nuestras almas en el resplandor de esa justicia finalmente alcanzada y ya a punto de consumarse! ¡Qué tiempos aquellos, mi camarada!

Era evidente que el oficial había olvidado a quién tenía delante; había abrazado al viajero y apoyado la cabeza en su hombro. El viajero estaba muy apurado, impaciente miraba por encima del oficial. El soldado había terminado con los trabajos de limpieza y ahora acababa de vaciar de una lata papilla de arroz en el cuenco. Apenas notó esto el condenado, que parecía haberse recuperado del todo, comenzó a lamer la papilla con la lengua. El soldado lo apartaba de nuevo una y otra vez, pues la papilla estaba destinada para más tarde, pero en cualquier caso también era del todo inapropiado que el soldado metiera sus manos sucias allí dentro y comiera de aquello delante del voraz condenado.

El oficial se sobrepuso rápidamente.

—No pretendía conmoverlo—dijo—, yo sé que es imposible comprender hoy lo que fueron aquellos tiempos. Por lo demás, la máquina sigue trabajando

y se basta a sí misma. Se basta a sí misma incluso hallándose sola en este valle. Y al final el cuerpo cae como siempre en la fosa con un vuelo casi increíble por su suavidad, y ello aunque ya no sea como antaño, cuando se agolpaban cientos como moscas en torno a la fosa. Entonces tuvimos que instalar una sólida barandilla alrededor de la fosa, pero hace mucho que la quitamos.

El viajero quiso apartar su rostro del oficial y miró alrededor, sin fijarse en un punto concreto. El oficial creyó que contemplaba el vacío del valle; por eso tomó sus manos, lo rodeó a fin de poder captar su mirada, y preguntó:

—¿Se da usted cuenta de la vergüenza?

Pero el viajero guardó silencio. El oficial se apartó por un momento de él; con las piernas separadas, las manos en las caderas, se quedó parado mirando al suelo. Entonces, sonrió animoso al viajero y dijo:

—Yo estaba ayer a su lado cuando el comandante lo invitó. Oí la invitación. Conozco al comandante. Entendí enseguida qué fin perseguía con la invitación. A pesar de que su poder sería lo bastante grande como para tomar medidas contra mí, todavía no se atreve, aunque quiere exponerme al juicio de usted, al de un extranjero distinguido. Su cálculo es cuidadoso; es su segundo día en la isla, no conoció al antiguo comandante ni sus pensamientos, usted está preso en las ideas europeas, quizá sea un declarado enemigo de la pena de muerte en general, así como de esta manera maquinal de ejecutar en particular; aparte de esto, ve usted cómo se lleva a cabo la ejecución, sin ninguna participación pública, tristemente, en una máquina que ya está algo dañada...; tomando todo esto en consideración (así piensa el comandante), ¿acaso no sería fácilmente posible que usted no considerara correcta mi manera de proceder? Y si no la considerase correcta (hablo siempre desde el punto de vista del comandante), usted no se lo callaría, puesto que confía con toda seguridad en sus bien probadas convicciones. Usted ha visto, desde luego, las numerosas peculiaridades de muchos otros pueblos y ha aprendido a respetarlas, de ahí que probablemente no se pronuncie contra el procedimiento con toda la contundencia con la que quizá lo hiciera en su patria. Pero el comandante no necesita ese extremo. Una sola palabra fugaz, tan sólo una palabra imprudente bastará. No hace falta en absoluto que se corresponda con la íntima convicción de usted, siempre que al menos aparentemente no se oponga a los deseos de él. Que lo interrogará a usted con toda la astucia, de

eso estoy seguro. Y sus damas se sentarán en círculo alrededor y aguzarán los oídos; usted dirá algo así como «en nuestra tierra el procedimiento judicial es distinto», o «en nuestra tierra se interroga al condenado antes del juicio», o «en nuestra tierra el condenado conoce la sentencia», o «en nuestra tierra hay otras condenas además de la condena a muerte» o, «en nuestra tierra sólo se torturaba en la Edad Media». Todas éstas son observaciones que a usted le parecen tan correctas como evidentes, observaciones inocentes que no afectan a mi procedimiento. Pero ¿cómo se las tomará el comandante? Lo veo, al bueno del comandante, apartando enseguida la silla a un lado y corriendo al balcón, veo a sus damas, siguiéndolo en bandada; oigo su voz (las damas la llaman una voz de trueno) que dice: «Un gran investigador de Occidente, designado para examinar los procedimientos judiciales en todos los países, acaba de decir precisamente que nuestro procedimiento según la antigua costumbre es inhumano. A partir del dictamen de una personalidad como ésta, naturalmente, ya no me es posible seguir tolerando este procedimiento. Así pues, en el día de hoy ordeno... etcétera». Usted quiere objetar que no ha dicho eso que él proclama, que no ha denominado inhumano a mi procedimiento, al contrario, según su más profunda convicción, lo tiene por el más humano y el más digno para la humanidad, usted también admira esta maquinaria... pero es demasiado tarde; ni siquiera puede usted llegar al balcón, que está lleno de damas; quiere llamar la atención; quiere gritar, pero la mano de una dama le cierra la boca, y yo y la obra del anterior comandante estamos perdidos.

El viajero tuvo que reprimir una sonrisa: conque así de sencilla era la tarea que él había considerado tan difícil. Dijo evasivo:

—Usted sobreestima mi influencia; el comandante ha leído mi carta de recomendación, él sabe que yo no soy ningún conocedor de los procedimientos judiciales. Si tuviera que expresar mi opinión, sólo sería la de un particular, y no más valiosa que la de otro cualquiera, y en todo caso, mucho más insignificante que la opinión del comandante, que en esta colonia penitenciaria, como tengo entendido, tiene amplios derechos. Si su opinión sobre este procedimiento es tan definitiva como usted cree, me temo que, entonces, por supuesto, el final de este procedimiento llegará sin necesidad de mi modesta ayuda.

¿Lo comprendía ya el oficial? No, aún no lo comprendía. Negó vivamente

con la cabeza, miró hacia atrás de manera breve al condenado y al soldado, los cuales se sobresaltaron y se desentendieron del arroz, se acercó mucho al viajero, no lo miró a la cara, sino a algún punto indeterminado de la chaqueta, y en un tono más bajo de voz que antes dijo:

—Usted no conoce al comandante; frente a él y a todos nosotros, es usted, y perdone la expresión, en cierta medida inocente; su influencia, créame, nunca será sobrestimada. Yo me alegré mucho cuando oí que usted asistiría a la ejecución a solas. Esta disposición del comandante iba dirigida contra mí, pero ahora la tornaré en mi provecho. Sin que lo distraigan insinuaciones maliciosas y miradas despectivas que no hubieran podido evitarse de haber asistido una gran multitud a la ejecución..., usted ha escuchado mis explicaciones, ha visto la máquina y ahora está a punto de asistir a la ejecución. Seguro que ya tiene su veredicto; y si todavía quedan pequeñas inseguridades, seguro que la visión de la ejecución las disipará. Y ahora le hago un ruego: ¡ayúdeme frente al comandante!

El viajero no lo dejó seguir hablando:

—¡Pero cómo podría hacerlo—gritó—, eso es completamente imposible! Yo puedo ayudarlo tan poco como puedo perjudicarlo.

—Usted sí puede—dijo el oficial.

Con algo de temor, el viajero vio que el oficial apretaba los puños.

—Usted sí puede—repitió el oficial con más apremio—. Tengo un plan que debe salir bien. Usted cree que su influencia no será suficiente. Yo sé que será suficiente. Pero incluso admitiendo que usted tenga razón, ¿acaso no es necesario intentarlo todo, hasta lo que posiblemente ni siquiera sea suficiente, para preservar este procedimiento? Así que, ahora escuche mi plan. Para su realización es necesario ante todo que hoy en la colonia usted se retraiga en lo posible de emitir su juicio sobre el procedimiento. Si nadie le pregunta directamente, usted no ha de manifestarse en ningún caso; pero a lo sumo, sus observaciones tendrían que ser breves e indeterminadas; debe notarse que a usted le resulta difícil hablar de ello, que está enojado, que usted, en caso de hablar abiertamente, tendría que prorrumpir en maldiciones. No le exijo que mienta; de ninguna manera; usted sólo debe responder brevemente algo así: «Sí, he visto la ejecución» o «Sí, he oído todas las explicaciones». Sólo eso, nada más. Para la frustración que han de notarle los demás ya hay bastante motivo, aunque todavía no en el sentido del comandante. Éste, naturalmente, lo

malinterpretará todo, entendiéndolo a su manera. En esto se fundamenta mi plan. Mañana en la comandancia, y presidida por el comandante, tiene lugar una gran reunión de los más altos funcionarios de la Administración. El comandante, naturalmente, ha sabido convertir estas reuniones en un espectáculo. Se construyó una galería que siempre está llena de espectadores. Yo estoy obligado a participar en las asambleas, pero me dan asco. Ahora bien, es seguro que a usted lo invitarán a la reunión; si hoy se comporta usted según mi plan, la invitación se transformará en un ruego insistente. Pero si por algún motivo inexplicable no es invitado, tendrá usted que exigir la invitación; que entonces la recibirá es indudable. Así que mañana se sentará usted con las damas en el palco del comandante. Él se asegurará a menudo, mediante miradas hacia lo alto, de que usted está allí. Tras diversas órdenes del día indiferentes, irrisorias, calculadas sólo para los espectadores (la mayoría son obras portuarias, ¡una y otra vez obras portuarias!), se hablará también del procedimiento judicial. Si el comandante no da pie a ello o no lo hace con suficiente prontitud, ya me encargaré yo de que ocurra. Me levantaré y daré parte de que ha tenido lugar la ejecución de hoy. Muy brevemente, sólo ese parte. Un parte como ése no es allí lo habitual, pero sí que lo haré. El comandante me dará las gracias, como siempre, con una amable sonrisa, y entonces él no podrá contenerse aprovechando la buena oportunidad. «Acaban de dar parte—dirá, o algo similar—de la ejecución. Sólo me gustaría añadir a dicho parte que precisamente esta ejecución la ha presenciado el gran investigador de cuya extraordinaria y honrosa visita a nuestra colonia todos ustedes saben. También nuestra reunión de hoy adquiere mayor relevancia por su presencia. ¿No querríamos ahora preguntar a este gran investigador qué juicio le merece la ejecución según la antigua costumbre, así como el procedimiento que la precede?». Naturalmente, aplauso cerrado de satisfacción, asentimiento unánime, y yo soy el que más aplaude. El comandante le hace a usted una reverencia y dice: «Ahora le formulo a usted la pregunta en nombre de todos». Entonces se acerca usted a la barandilla del palco. Ponga las manos encima donde las vean todos, o de lo contrario se las cogerán las damas y jugaré con los dedos. Y ahora es cuando por fin usted tomará la palabra. Yo no sé cómo podré soportar la tensión de las horas hasta ese momento. En su discurso no debe usted ponerse ningún límite, proclame la verdad bien alto, inclínese usted sobre la barandilla, grite usted, pero sí, grite al comandante su opinión, su opinión incommovible. Pero tal vez

no quiera usted esto, no se corresponde con su carácter, quizá en su país uno se comporta de otra manera en estas circunstancias, también esto es correcto, también esto bastará perfectamente, no se levante en absoluto. Diga únicamente algunas palabras, susúrrelas de modo que sólo las oigan los funcionarios que estén situados debajo de usted, eso bastará; no tiene que hablar en absoluto ni siquiera de la escasa participación en la ejecución, de la rueda que chirría, de la correa rota, del fieltro asqueroso, no, de lo demás me encargo yo, y créame, si mi discurso no lo hace a él salir de la sala, cuando menos lo obligará a postrarse de rodillas, a que reconozca: «Viejo comandante, ante ti me inclino». Éste es mi plan, ¿quiere usted ayudarme a realizarlo? Pero, por supuesto, usted quiere, más que eso, usted debe. —Y el oficial agarró al viajero por ambos brazos y lo miró a la cara con respiración jadeante. Las últimas frases las había gritado de tal manera que incluso el soldado y el condenado prestaron atención; aunque no podían entender nada, dejaron de comer y, masticando aún, miraron hacia donde estaba el viajero.

Para el viajero la respuesta que tenía que dar fue, desde el primer momento, indudable; había acumulado ya demasiada experiencia a lo largo de su vida como para titubear en este caso; él era en esencia honesto y no sentía ningún temor. A pesar de ello, ahora, al ver al soldado y al condenado, vaciló un momento. Finalmente dijo, como debía:

—No.

El oficial parpadeó varias veces, pero no desvió la mirada de él.

—¿Quiere usted una explicación?—preguntó el viajero.

El oficial asintió mudo.

—Soy enemigo de este procedimiento—añadió entonces el viajero—, y aún antes de que usted me hablara en confianza (esa confianza, como es natural, no la traicionaré bajo ninguna circunstancia), ya había reflexionado yo sobre si tengo derecho a intervenir contra este procedimiento y si mi intervención contaría siquiera con una mínima perspectiva de éxito. A quién tenía que dirigirme en primer lugar, para mí estaba muy claro: al comandante, naturalmente. Usted me lo ha aclarado más todavía, aunque sin haber contribuido a afianzar mi decisión; al contrario, su honesto convencimiento me conmueve, aunque no por ello me hace dudar.

El oficial permaneció mudo, se volvió cara a la máquina, agarró una de las barras de latón y luego miró, un poco inclinado para atrás, arriba hacia el

«dibujante», como si lo examinara para ver si todo estaba en orden. El soldado y el condenado parecían haberse hecho amigos; el condenado hacía gestos al soldado, a pesar de la dificultad con que se lo impedían sus fuertes ligaduras; el soldado se inclinó hasta él; el condenado le susurró algo, y el soldado asintió.

El viajero se acercó al oficial y dijo:

—Usted no sabe todavía lo que quiero hacer. Cierto que expresaré mi opinión sobre el procedimiento al comandante, pero no en una reunión, sino en privado; tampoco voy a quedarme aquí tanto tiempo como para poder asistir a alguna reunión; me marcho mañana temprano, o, cuando menos, me embarcaré.

No parecía que el oficial hubiera escuchado.

—Así que el procedimiento no le ha convencido—dijo para sí, e igual que un viejo ante la tontería de un niño, sonrió; una sonrisa tras la que permanecía inmutable su propio pensamiento—. Entonces ha llegado el momento—concluyó, y miró de repente al viajero con ojos luminosos que contenían alguna clase de requerimiento, alguna llamada a la participación.

—¿Para qué ha llegado el momento?—preguntó el viajero intranquilo, pero no recibió ninguna respuesta.

—Eres libre—le dijo el oficial al condenado en su idioma. Éste no lo creyó al principio—. Ahora, tú eres libre—repitió el oficial.

Por primera vez el rostro del condenado se animó realmente. ¿Era verdad? ¿Era sólo un capricho pasajero del oficial del que podría arrepentirse? ¿Había conseguido el viajero extranjero la gracia para él? ¿Qué era aquello? Eso parecía preguntar su rostro. Pero no por mucho tiempo. Fuera lo que fuese, él quería de verdad ser libre, si es que se le permitía, así que comenzó a retorcerse todo cuanto se lo permitía la «grada».

—¡Me vas a romper las correas—gritó el oficial—, estate quieto! Las soltaremos enseguida.

Y junto con el soldado, al que le hizo una señal, se puso manos a la obra. El condenado rio por lo bajo para sí, tan pronto volvía el rostro a la izquierda, hacia el oficial, como a la derecha, hacia el soldado, sin olvidarse tampoco del viajero.

—Sácalo—ordenó el oficial al soldado.

Para esto, hubo que proceder con cuidado a causa de la «grada». A consecuencia de su impaciencia, el condenado tenía ya algunos pequeños

rasguños en la espalda.

Pero a partir de ese momento el oficial apenas se preocupó más de él. Se acercó al viajero, sacó otra vez la pequeña cartera de cuero, buscó en ella, encontró finalmente la hoja que buscaba y se la mostró al viajero.

—Lea usted—dijo.

—No puedo—replicó el viajero—, ya lo dije, no puedo leer esas hojas.

—Mire la hoja con más atención—insistió el oficial, y se puso junto al viajero para leer con él. Dado que esto tampoco ayudó, y para facilitarle al viajero la lectura, lo fue guiando con el dedo meñique muy por encima del papel, como si en ningún caso fuera lícito tocar la hoja. El viajero también se esforzó por complacer al oficial cuando menos en esto, pero le resultó imposible. Entonces el oficial comenzó a deletrear la inscripción antes de leerla otra vez de corrido.

—«¡Sé justo!», eso dice, ahora sí que puede leerla.

El viajero se inclinó de tal manera sobre el papel que el oficial, por miedo a que lo rozara, lo apartó un poco más; cierto que el viajero no dijo nada, pero estaba claro que tampoco ahora podía leer nada.

—¡«Sé justo!», eso dice—repitió el oficial.

—Puede ser—añadió el viajero—, creo que ahí está escrito eso.

—Vaya, bien—dijo el oficial al menos parcialmente satisfecho, y subió con la hoja a la escalera; colocó el papel con sumo cuidado en el «dibujante» y aparentemente reajustó el engranaje por completo; era un trabajo laborioso, debían de ser ruedecillas muy pequeñas, a veces desaparecía la cabeza del oficial enteramente en el «dibujante», tanta era la precisión con la que tenía que inspeccionar el engranaje.

El viajero seguía esta labor desde abajo sin interrupción, el cuello se le agarrotó y los ojos le dolían por la luz del sol que derramaba el cielo. El soldado y el condenado sólo se ocupaban el uno del otro. Con la punta de la bayoneta, el soldado sacó la camisa y los pantalones del condenado, que yacían ya en la fosa. La camisa estaba horriblemente sucia, y el condenado la lavó en el cubo de agua. Cuando después se puso la camisa y el pantalón, tanto el soldado como el condenado rieron a carcajadas, puesto que ambas prendas estaban partidas en dos por detrás. Quizá el condenado se creyó en la obligación de divertir al soldado, porque comenzó a girar en círculos con la ropa cortada delante del soldado que, acuclillado en el suelo, se golpeaba la

rodilla riendo. Así y todo, aún se contenían por respeto a los señores presentes.

Cuando finalmente el oficial hubo terminado arriba, sonriendo contempló una vez más la estructura en todas sus partes, cerró esta vez la tapa del «dibujante», que había permanecido abierta, bajó de la escalera, miró a la fosa y luego al condenado, advirtió satisfecho que éste había sacado su ropa, fue luego hasta el cubo de agua para lavarse las manos, descubrió demasiado tarde la repugnante suciedad, se entristeció porque ahora no podía lavarse las manos, finalmente—este sustitutivo no le satisfizo, pero tuvo que conformarse—las hundió en la arena, luego se irguió y comenzó a desabotonarse la guerrera del uniforme. Enseguida le cayeron en las manos los dos pañuelos de bolsillo femeninos que se había colocado en el cuello.

—Aquí tienes tus pañuelos de bolsillo—dijo, y se los lanzó al condenado. Y al viajero añadió como aclaración—: Regalo de las damas.

A pesar de la evidente prisa con la que se quitó la guerrera del uniforme y después se desvistió por entero, trataba con mucho cuidado cada prenda, e incluso estiró con el dedo alguno de los cordones de plata de su guerrera y agitó una borla para que quedara bien. Sin embargo, ese cuidado con que trataba una prenda no encajaba con el hecho de que luego la arrojase enseguida a la fosa con un súbito gesto de fastidio. Lo último que le quedó fue su corto espadín con el tahalí para ceñirlo. Sacó el espadín de la vaina, lo rompió, luego juntó todo, los pedazos del espadín, la vaina y el tahalí, y los arrojó con tanta fuerza que los pedazos resonaron al entrechocar en el fondo de la fosa.

Ahora estaba allí desnudo. El viajero se mordió los labios y no dijo nada. Ya sabía lo que iba a pasar, pero él no tenía ningún derecho a detener al oficial en lo que fuera. Si al procedimiento judicial que tanto le importaba a éste le faltaba tan poco para ser suprimido—posiblemente como consecuencia de la intervención del viajero, a la que él, por su parte, sí que se sentía obligado—, entonces el oficial obraba de manera absolutamente correcta; el viajero, en su lugar, no lo hubiera hecho de otro modo.

El soldado y el condenado primero no entendían nada, al principio ni siquiera miraron. El condenado estaba muy contento de que le hubieran devuelto los pañuelos de bolsillo, aunque no pudo regocijarse con ellos durante mucho tiempo, pues el soldado se los arrebató con un golpe raudo e

imprevisible. Entonces el condenado intentó quitarle a su vez los pañuelos al soldado de detrás del cinturón, tras el que los había guardado, pero el soldado estaba atento. De esta manera luchaban medio en broma. Sólo cuando el oficial estuvo completamente desnudo, prestaron atención. El condenado, sobre todo, parecía estar afectado por la oscura sensación de que había tenido lugar un cambio decisivo. Lo que le había sucedido a él le sucedía ahora al oficial. Quizá esto llegara hasta lo más extremo. Probablemente fuera el viajero extranjero quien había dado la orden. Así que era una venganza. Sin que él mismo hubiera sufrido hasta el final, sí que sería vengado hasta el final. Una sonrisa amplia y silenciosa se dibujó ahora en su rostro y ya no desapareció.

El oficial se había vuelto hacia la máquina. Si antes había quedado claro lo bien que entendía la máquina, ahora sorprendería a cualquiera cómo la manejaba y cómo ella lo obedecía. Sólo había acercado la mano a la «grada» cuando ésta se elevó y descendió varias veces hasta que encontró la posición correcta para recibirlo; sólo agarró la «cama» por el borde y enseguida comenzó a vibrar; el cabo de fieltro se aproximó a su boca, se vio cómo el oficial lo rechazaba, pero la indecisión duró sólo un instante, al punto se resignó y lo aceptó. Todo estaba preparado, excepto las correas que colgaban todavía a los lados, pero éstas eran claramente inútiles, al oficial no había necesidad de atarlo. Entonces el condenado reparó en las correas sueltas, en su opinión la ejecución no sería perfecta si las correas no estaban fuertemente atadas, hizo señas apresuradas al soldado, y ambos corrieron a atar al oficial. Éste había estirado ya uno de los pies para empujar la palanca que debía poner en movimiento al «dibujante»; entonces vio que se habían acercado los dos; así que retiró el pie y se dejó atar. Pero ahora ya no podía alcanzar la palanca; ni el soldado ni el condenado la encontrarían, y el viajero había decidido no moverse. No fue necesario; apenas estuvieron colocadas las correas, también la máquina comenzó a trabajar; la «cama» vibraba, las agujas danzaban sobre la piel, la «grada» oscilaba arriba y abajo. El viajero llevaba ya un rato mirando fijamente antes de recordar que una rueda en el «dibujante» tendría que haber chirriado; pero todo estaba en silencio, no se oía ni el más mínimo zumbido.

A causa de este trabajo silencioso, la máquina dejó de acaparar la atención. El viajero miró hacia el soldado y el condenado. El condenado era

el más activo, todo en la máquina le interesaba, tan pronto se agachaba como se erguía, una y otra vez alargaba el dedo índice para enseñarle algo al soldado. Esto le resultaba penoso al viajero. Estaba decidido a permanecer aquí hasta el final, pero la visión de esos dos no podía aguantarla por más tiempo.

—Marchaos a casa—dijo.

El soldado quizá hubiera estado dispuesto a hacerlo, pero el condenado recibió la orden más bien como un castigo. Le pidió rogándole con las manos juntas que lo dejase quedarse, y cuando el viajero, negando con la cabeza, no quiso ceder, incluso se arrodilló. El viajero vio que aquí las órdenes no servían de nada, quiso subir hasta donde estaban los dos y echarlos. En esto oyó un ruido arriba en el «dibujante». Miró hacia allá. ¿Acaso sí que molestaba la rueda dentada? Pero era otra cosa. Lentamente se elevó la tapa del «dibujante» y luego se abrió del todo. Los dientes de una rueda aparecieron y se alzaron, pronto apareció la rueda entera, era como si una gran fuerza comprimiera al «dibujante» y ya no quedara espacio libre para esa rueda, que giró hasta el borde del «dibujante», cayó, rodó en vertical un trecho por la arena y luego quedó inmóvil. Pero ya aparecía otra arriba, a la que siguieron muchas más, grandes, pequeñas y apenas distinguibles; con todas ocurría lo mismo, cuando ya se creía que el «dibujante» debía de estar vacío, aparecía otro nuevo grupo de ruedas, especialmente numeroso, ascendía, caía, rodaba en la arena y quedaba inmóvil. Este suceso hizo que el condenado olvidara completamente la orden del viajero, las ruedas dentadas lo entusiasmaban, siempre quería atrapar alguna, al mismo tiempo animaba al soldado a que lo ayudara, pero retiraba la mano asustado, pues enseguida aparecía otra rueda que, al menos en el primer momento, lo asustaba.

El viajero, en cambio, estaba muy inquieto; evidentemente, la máquina se estaba destruyendo; su funcionamiento silencioso había sido una ilusión; tenía la sensación de que ahora debía ocuparse del oficial, puesto que éste ya no podía cuidar de sí mismo. Pero mientras el asunto de las ruedas dentadas acaparaba toda su atención, había descuidado el resto de la máquina; así que cuando la última rueda dentada hubo dejado el «dibujante» y él se inclinó sobre la «grada», se llevó una nueva sorpresa todavía más desagradable. La «grada» no escribía, sólo apuñalaba, y la «cama» no giraba el cuerpo, sino que solamente lo alzaba a sacudidas y lo empujaba contra las agujas. El

viajero quiso intervenir, a ser posible para detenerlo todo, esto no era la tortura que el oficial quería sufrir, sino puro asesinato. Extendió las manos. Pero entonces se elevó la «grada» con el cuerpo ensartado a un lado, tal y como normalmente sólo lo hacía a la duodécima hora. La sangre fluía en cien torrentes sin mezclarse con agua, también los canalillos del agua habían fallado esta vez. Y entonces falló lo último, el cuerpo no se desprendió de las largas agujas, derramaba su sangre a raudales, pero pendía por encima de la fosa sin caer. La «grada» quería retornar ya a su posición anterior, pero como si ella misma notara que todavía no estaba libre de su carga permaneció sobre la fosa.

—¡Pero ayudad!—gritó el viajero al soldado y al condenado, y él mismo agarró los pies del oficial.

Quería ejercer presión en los pies, mientras que los otros dos, por el lado contrario, tenían que coger la cabeza del oficial, y así ir liberándolo lentamente de las agujas. Pero los otros dos no acababan de decidirse a venir; el condenado incluso se dio la vuelta; el viajero tuvo que ir hasta donde estaban y obligarlos por la fuerza a que fueran hasta la cabeza del oficial. Una vez allí, vio casi contra su voluntad el rostro del cadáver. Era igual que como había sido en vida; no se advertía en él ningún signo de la prometida redención; lo que todos los demás habían encontrado en la máquina no lo encontró el oficial; los labios estaban firmemente apretados; los ojos, abiertos, tenían la expresión de la vida, la mirada era tranquila y convencida; en la frente sobresalía la punta del gran punzón de hierro.

Cuando el viajero, con el soldado y el condenado detrás de él, llegó a las primeras casas de la colonia, el soldado señaló una y dijo:

—Aquí está la casa de té.

En la planta baja de una casa había un espacio semejante a una cueva, profundo, bajo, con las paredes y el techo ennegrecidos por el humo. De cara a la calle, se abría en toda su extensión. Aunque la casa de té se diferenciaba poco del resto de las casas de la colonia, que estaban muy deterioradas, a excepción de la construcción palaciega de la comandancia, sí que causó en el viajero la impresión de un recuerdo histórico que le hizo sentir el poder de los tiempos antiguos. Se acercó más, anduvo, seguido de sus acompañantes, entre las mesas desocupadas que estaban en la calle delante de la casa de té, y

respiró el aire frío y enmohecido que llegaba del interior.

—El viejo está enterrado aquí—dijo el soldado—, el clero le negó un lugar en el cementerio. Dudaron durante mucho tiempo dónde enterrarlo, y al final lo enterraron aquí. Seguro que de esto no le habló el oficial, pues naturalmente era de lo más se avergonzaba. Incluso alguna vez por la noche intentó desenterrar al viejo, pero siempre lo cazaban.

—¿Dónde está la tumba?—preguntó el viajero, que no podía creer al soldado.

Enseguida el soldado y el condenado echaron a correr por delante de él y le enseñaron con las manos extendidas el lugar en el que debía encontrarse la tumba. Condujeron al viajero hasta la pared del fondo, donde algunas mesas estaban ocupadas por clientes. Probablemente eran trabajadores portuarios, hombres fuertes con cortas barbas pobladas, negras y relucientes. Todos estaban sin chaqueta, sus camisas estaban rotas, eran pueblo humillado y pobre. Cuando se acercó el viajero, se levantaron algunos, se pegaron a la pared y lo miraron.

—Es un extranjero—susurraron alrededor del viajero—, quiere ver la tumba.

Apartaron a un lado una de las mesas, bajo la cual se encontraba en efecto una lápida. Era una losa sencilla, lo suficientemente plana como para que pudiera quedar oculta bajo una mesa. Lucía una inscripción con letras muy pequeñas, el viajero tuvo que arrodillarse para poder leerlas. Decía: «Aquí descansa el antiguo comandante. Sus partidarios, a los que ahora no se les permite llevar ningún nombre, le cavaron la tumba y pusieron la losa. Existe la profecía según la cual el comandante, después de una determinada cantidad de años, resucitará y desde esta casa acaudillará a sus partidarios para la reconquista de la colonia. ¡Creed y esperad!». Cuando el viajero leyó esto y se levantó, vio a su alrededor a los hombres de pie y riendo, como si hubieran leído con él la inscripción, la hubieran encontrado ridícula y lo conminaran a que compartiera su misma opinión. El viajero hizo como si no se hubiera dado cuenta, repartió algunas monedas entre ellos, esperó todavía hasta que la mesa estuvo otra vez colocada sobre la lápida, abandonó la casa de té y fue al puerto.

El soldado y el condenado habían encontrado en la casa de té unos conocidos que los retuvieron. Pero enseguida debieron de haberse deshecho

de ellos, pues cuando el viajero se encontraba en la mitad de la larga escalera que llevaba a los botes, llegaron corriendo detrás. Con toda probabilidad, querían obligar al viajero en el último instante a llevarlos con él. Mientras el viajero negociaba abajo con un barquero el traslado hasta el vapor, los dos bajaron corriendo la escalera, en silencio, pues no se atrevían a gritar. Pero cuando llegaron abajo, ya estaba el viajero en el bote, y en ese momento el barquero lo apartaba de la orilla. Todavía hubieran podido saltar al bote, pero el viajero alzó del suelo una pesada cuerda llena de nudos, los amenazó con ella y así les impidió el salto.

EPÍLOGO

KAFKA Y SU RELATO MÁS INFERNAL

A fin de tener a mano en todo momento una brújula segura con la que orientarnos en la vida... nada hay más eficaz que acostumbrarnos a contemplar este mundo como un lugar de expiación, esto es, como una colonia penitenciaria, *a penal colony*.

ARTHUR SCHOPENHAUER

En la colonia penitenciaria es el relato más cruel de cuantos escribió Franz Kafka. Su lenguaje narrativo es frío y distante, y la historia, trágica sin fisuras. Con muy escasos elementos escénicos, con tan sólo cuatro personajes en medio de un paisaje yermo, Kafka creó una inquietante historia moderna que, leída hoy, fácilmente puede interpretarse como una metáfora de los horrores del mundo actual: injusto con los débiles, despiadado, cínico, dominado por artefactos tecnológicos y por tecnócratas amorales que los adoran, e inmerso en guerras letales e interminables.

La periodista y traductora checa Milena Jesenská, de la que Kafka también estuvo enamorado, afirmó en la necrológica que apareció a los tres días de la muerte del escritor,¹ que Kafka había sido un hombre «tímido, asustadizo, afable y bueno», mientras que los libros que escribió eran «cruels y dolorosos». Según Milena, Kafka veía el mundo poblado por «demonios invisibles, en perpetua lucha de exterminio contra los débiles seres humanos».

Añadía que él mismo era muy débil para luchar y, a la par, demasiado clarividente, demasiado sabio como para saber de sobra qué oscuras potencias rigen los destinos humanos: el miedo, la mentira, la necesidad o la inmisericordia y el odio. Su debilidad «era la de las almas nobles y bellas—añadía Milena—. Su conocimiento del mundo fue profundo y extraordinario, y todo él era en sí mismo un mundo profundo y extraordinario».

Numerosos admiradores y comentaristas de Kafka suscribieron más adelante las palabras de Milena. Max Brod, Walter Benjamin, Hannah Arendt, Gershom Scholem o Thomas Mann—por citar a los imprescindibles—consideraron a Kafka un visionario, un escritor de magníficas metáforas aprovechables para interpretar la modernidad. El propio Kafka, sin embargo, jamás se vio a sí mismo en semejante papel. Nunca escribió con afán de que interpretaran sus escritos ni dejó interpretaciones propias; eludía tal ejercicio de *metaliteratura*. Max Brod contó que su amigo casi nunca quería dar interpretaciones de sus textos y que cuando, tras mucho insistir, en alguna ocasión se prestaba a ello, la posible interpretación que ofrecía requería siempre de otra más y ésta, a su vez, de una tercera, y así en sucesión interminable; con lo que nunca llegaba a nada concreto.

Legiones de estudiosos se han lanzado a desentrañar qué quiso decir Kafka casi en cada línea escrita que dejó. Sin ánimo de entrar a formar parte de tan aguerrida cohorte, las pautas que siguen, de carácter biográfico e histórico, sólo tienen el cometido de ayudar al lector a comprender tal vez un poco mejor la esencia del relato *En la colonia penitenciaria*, y evitar que se lance en caída libre al espeluznante escenario de tan sangrienta historia.

Kafka concibió y redactó *En la colonia penitenciaria*, ese «infierno mecánico»—según lo define el gran biógrafo alemán Reiner Stach—,² entre el 5 y el 18 de octubre de 1914, coincidiendo con una de las épocas más creativas de su vida: entre agosto de 1914 y enero de 1915.

Al igual que sucedió en 1912, cuando nacieron los relatos *La condena* y *La transformación*, además de buena parte de su novela *El desaparecido* (también conocida como *América*), en unos meses fecundos, dentro de esta nueva fase creadora del otoño de 1914, Kafka vivía sólo «para escribir», razón por la cual lograba alcanzar intensos períodos de concentración y productividad. Desde hacía casi un lustro, consagrarse por entero a su actividad literaria era para él su mayor anhelo vital. La literatura, según había

manifestado en varias ocasiones, constituía «la esencia más íntima» de su ser. Cualquier hecho, suceso o acontecimiento que lo distrajera de esa tarea autoimpuesta, deseada, a menudo muy grata y a veces lacerante y torturadora, perturbaba su ánimo, lo desquiciaba mentalmente y le causaba hondas crisis de desesperación y ansiedad.

Su empleo como abogado laboral en el prestigioso Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia le resultaba odioso y limitador, en cambio, la actividad literaria liberaba su espíritu. Sólo en ella se encontraba a sí mismo reconcentrado e íntegro. «No soy otra cosa que literatura, y ni puedo ni quiero ser más que literatura», anotó en sus diarios el 21 de agosto de 1913.

Dos sucesos fundamentales que afectaron a Kafka en lo más hondo de su alma acontecieron en julio de 1914, con escasos días de diferencia, poco antes de que se desencadenara el mencionado período de inspiración literaria y redactara *En la colonia penitenciaria*. El primero, de índole personal, fue la ruptura del compromiso matrimonial con su prometida, la berlinesa Felice Bauer, el 12 de julio en el hotel Askanischer Hof de Berlín. El segundo, de índole colectiva e histórica, fue el estallido de la Primera Guerra Mundial, iniciada oficialmente el 28 de julio con la declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia, apenas quince días después de la ruptura del compromiso de boda.

RUPTURA SENTIMENTAL E INICIO DE LA NOVELA «EL PROCESO»

Kafka se prometió en matrimonio con Felice el primero de junio de 1914, día de Pentecostés, en Berlín, en un solemne acto familiar. Habían pasado tres años desde que los novios iniciaron una relación amorosa casi exclusivamente epistolar en la que, tras vivir un período de fervor amoroso inicial, afloraron las divergencias que separaban a los enamorados. Felice era una mujer activa y moderna, mientras que Kafka era un hombre complicado y retraído al que le daba miedo el matrimonio, y que anhelaba sentirse libre para consagrarse a la

escritura. Aun así, aquel compromiso formal fue la conclusión lógica del largo período de relación, exigida por Felice y por las familias de los dos enamorados.

Después de la ceremonia, a Kafka lo torturaron más que nunca las dudas y los remordimientos, y así se lo hizo saber a Felice. Tamaña situación de ambigüedad terminó por alarmarla, se enfadó de verdad con su novio y el 12 de julio de 1914, reciente todavía la celebración del compromiso de boda, convocó a Kafka de nuevo a Berlín. Allí, en una habitación del mencionado hotel Askanischer Hof, Kafka tuvo que carearse con Felice, la hermana de ésta y una amiga común: Grete Bloch. Ante las dos testigos, una Felice crispada le comunicó a Kafka que daba por anulado el compromiso matrimonial. Fue un jarro de agua fría para él, que seguía manteniendo su ambigüedad hacia Felice, un «quiero y no quiero» muy particular.

Pasado el apuro, Kafka interpretó la escena vivida en el hotel como la figuración de un juicio sumario contra él: frente a las tres mujeres se sintió «acusado y condenado» como ante un tribunal. A los pocos días, el 11 de agosto, comenzó a fraguar la historia de su novela más famosa: *El proceso*. Allí se describen las peripecias de Josef K., a quien «sin que hubiera hecho algo malo», vinieron a detenerlo una mañana a su casa. Elias Canetti escribió su célebre ensayo *El otro proceso de Kafka* narrando concienzudamente la relación de Kafka con Felice y otorgando un peso inmenso a esta peripecia vital del escritor, precisamente como la idea nutricia de *El proceso*. Aunque esto fuera así, el estallido de la Primera Guerra Mundial fue más traumático aún para Kafka, e influiría de manera más directa tanto en la mencionada novela como en la crudeza de la sangrienta ficción sobre la colonia penitenciaria, dos textos contemporáneos y más ligados entre sí de lo que parece.

Despachado por su novia, liberado al igual que atormentado por la ruptura del compromiso, cargado de sentimientos de culpa, sin olvidarla por completo, sin atreverse tampoco a implorar su perdón, Kafka se propuso adaptarse a la vida sin Felice. Ahora dispondría de más tiempo para la literatura. En su diario, escribió consternado: «... completa soledad. Ninguna esposa querida abre la puerta. En un mes hubiera tenido que casarme. Terribles palabras: “tienes lo que querías”» (3 de agosto de 1914).

Poco antes de la ruptura, Kafka había acariciado el plan de trasladarse a

Berlín y vivir allí como escritor independiente. Praga era una ciudad que lo limitaba y abrumaba con su provincianismo; allí estaba, además, su familia, en el seno de la cual se sentía como un desplazado (ése es uno de los motivos que pueden extraerse simbólicamente de *La transformación*); y Praga representaba también el gran peso del antisemitismo con el que el escritor tuvo que convivir desde niño. Los Kafka eran judíos de habla alemana que vivían entre checos cuyo nacionalismo, más exaltado cada vez, rechazaba «lo alemán»; y para éstos, *alemán* y *judío* eran sinónimos.

A fin de escapar de la ominosa ciudad, Kafka confiaba en que su editor alemán, Kurt Wolff—establecido en Leipzig—, quien había publicado *Contemplación* y esperaba la conclusión de la novela *El desaparecido* con la intención de publicarla, se mostrase propicio a contribuir a sus deseos de emancipación con la aportación de un pequeño «sueldo básico» a cuenta de futuras producciones. Kafka soñaba con instalarse en Berlín y vivir allí como escritor independiente, reseñador y articulista. Tenía muy claro que eso le llevaría mucho trabajo y le reportaría escasos beneficios materiales. No le importaba tampoco que para realizar dicho plan primero tuviera que renunciar a su empleo seguro en Praga. Pero este sueño de liberación se vio truncado de la forma más brusca.

MIENTRAS EUROPA ESTALLA

El inicio de la Primera Guerra Mundial entre julio y agosto de 1914 sobrecogió a Europa entera. A Kafka, al igual que a la inmensa mayoría de ciudadanos de a pie, lo pilló por sorpresa. Después del disgusto berlinés con Felice, se había tomado unos días de vacaciones en la playa danesa de Marielyst junto al también escritor y amigo Ernst Weiss y la amante de éste. A su regreso a Praga, de paso por Berlín, el 26 de julio, ya advirtió en las estaciones de tren la movilización general de tropas. Enseguida fueron llamados a filas sus dos cuñados, casados con Elli y Valli, dos de las tres hermanas del escritor; su «hermana favorita», Ottla, todavía estaba soltera. A él no lo movilizaron en esta ocasión por haberlo declarado exento del servicio militar, a causa de su precaria salud. Más adelante, llevado por la

desesperación, Kafka acarició incluso la idea de alistarse voluntario como una manera de granjearse una muerte cierta; pero sus superiores en el Instituto de Seguros lo consideraban un abogado eficacísimo y no quisieron prescindir de sus servicios, con lo que no le quedó más remedio que seguir cumpliendo con su cometido dentro de esta institución. Kafka, ciertamente, era un empleado ejemplar. Sus superiores lo apreciaban y él desempeñaba sus obligaciones con celo encomiable. Aun así, como ya mencionamos, él aborrecía su empleo a cuenta del tiempo que le robaba para escribir.

Apenas han quedado anotaciones de Kafka sobre la guerra mundial. De ahí que gran parte de sus comentaristas y biógrafos supusieran que la tragedia no lo había afectado. Pero es indudable que, enredado como estaba con sus conflictos interiores y la ruptura con Felice, y con aquellos planes de huir de Praga y vivir para la literatura, la guerra debió de caerle encima como una losa que amenazaba con rematarlo y sepultarlo.

Reiner Stach es quien más énfasis ha puesto en el trauma que para Kafka supuso el estallido de la guerra. Fue un horror indeseable y súbito que se les vino encima a todos, y respecto al que él prefería no hablar, dada su inevitable omnipresencia. A este respecto, es célebre una anotación del diario de Kafka —por anodina y lacónica— fechada el 2 de agosto, el mismo día en que Alemania declaró oficialmente la guerra a Rusia: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. —Por la tarde, escuela de natación». Se desprende una honda resignación de este comentario, aunque no lo parezca a primera vista. Nada iba a ser ya como antes, aunque cada cual se esforzara por seguir con su vida como si aquel acontecimiento fuera algo lejano o pasajero.

Stach ha descrito con maestría en su biografía de Kafka cómo afectaron los años de guerra a la ciudad de Praga, cuán crueles fueron con sus habitantes, el escritor y su familia entre ellos. El horror se acumulaba por doquier en las noticias reales que poco a poco fueron trayendo cuantos llegaban del frente, y que contrastaban con la propaganda ilusoria que una y otra vez proclamaba aplastantes victorias del Ejército austrohúngaro. Pronto, además, la visión de la enorme cantidad de desplazados judíos que llegaban a la ciudad, que se desperdigaban como mendigos por Europa llevando con ellos la memoria de infinitas atrocidades, sobrecogió a los praguenses igual que al propio Kafka. Aparte de esto, Elli y Valli, temerosas de que sus maridos murieran en el frente, contagiaban su llanto y su miedo al resto de la familia. Y por si fuera

poco, había que lidiar con la carestía, tanto de alimentos básicos como de carbón para las estufas; todo ello contribuía a crear un ambiente de desasosiego y desaliento que afectaba a Kafka profundamente.

Quizá lo peor de todo fue que, desde los primeros días en los que se anunció a bombo y platillo el estallido de la guerra, el escritor supo que su destino daba un giro inesperado y fatal. No lo asustó la posibilidad de una muerte física que tenía más probabilidades de suceder de manera violenta que en tiempos de paz, sino la certeza de esa otra muerte psicológica y espiritual que traería consigo el encierro forzoso en el estrecho confin de la ciudad de Praga, puesto que los viajes fuera de la capital se volvieron casi irrealizables a causa de la cantidad de documentos que eran necesarios para obtener permisos y visados de desplazamiento. Por no hablar de la imposibilidad de desplazarse a países que de la noche a la mañana se habían convertido en enemigos. La pérdida de esa libertad individual de movimiento en un hombre joven como Kafka, acostumbrado a salir de vacaciones de cuando en cuando fuera de la ciudad del Moldava (y, además, pendiente todavía de aquella ex novia en Berlín con la que tal vez se reconciliaría pronto) supuso para él un agobio y una desdicha que obviamente tendían a reflejarse en su escritura.

Además de perjuicios psíquicos a consecuencia de la guerra, Kafka sufrió daños físicos, pues las precarias condiciones de vida contribuyeron a minar su salud, ya de por sí frágil. La noche del 12 al 13 de agosto de 1917 lo acometió un primer acceso de tos con sangre, al poco tiempo le diagnosticaron los primeros síntomas de lo que terminaría en tuberculosis; había irrumpido en su vida la enfermedad que acabaría con él tan sólo siete años más tarde. Por si esto fuera poco, en octubre de 1918 contrajo la denominada «gripe española»; se salvó de milagro, después de un mes entero en cama, pero la merma que esta otra mortífera enfermedad supuso para su salud fue irreparable.

Unas escuetas anotaciones de Kafka en su diario a principios de agosto de 1914 dejaron constancia de su bajo estado de ánimo al comienzo de la guerra: «Descubro en mí sólo mezquindad, incapacidad de decidir, envidia y odio a los combatientes, a los que apasionadamente deseo todo lo malo», escribió el 5 de agosto. Y al día siguiente:

Estoy deshecho en lugar de recobrado. Un cántaro vacío, todavía entero y ya entre pedazos, o ya despedazado y todavía entre los

enteros. Lleno de mentira, odio y envidia. Lleno de incapacidad, necesidad, torpeza. Lleno de pereza, debilidad y nulidad.

Con expresión torva, el escritor observaba las manifestaciones patrióticas que se sucedían sin cesar en las calles los primeros días de la guerra: «Estos desfiles son uno de los más repugnantes fenómenos que acompañan a la guerra», anotó.³

El mejor refugio de un escritor contra los males del mundo fue y será siempre el trabajo literario. Así lo entendía Kafka. Sin Felice, encerrado en Praga y con la guerra seduciendo a toda Europa para aniquilarla, el único consuelo que tenía era consagrarse en cuerpo y alma a su tarea creativa. «Si ahora no me salvo en algún trabajo, estoy perdido», apuntó en su diario el 28 de julio; la desesperación que experimentaba buscaba amparo en la escritura, en el reino inmaterial de lo imaginario, en el que tampoco se sentía a salvo de las vacilaciones, caídas y torturas que lo acompañaron siempre en su actividad más deseada, pero que le parecían más soportables que las angustias derivadas del mundo real.

Desde el punto de vista de la literatura, mi destino es muy simple. Mi tendencia a la descripción de mi vida interior, de naturaleza onírica, ha convertido todo lo demás en secundario, atrofiándolo de una manera horrible y que no deja de atrofiarse. Ninguna otra cosa podrá contentarme nunca. Ahora bien, mi fuerza para semejante descripción es del todo impredecible, quizá haya desaparecido ya para siempre, aunque quizá vuelva otra vez a mí; mis circunstancias vitales no le son, por lo demás, muy favorables. Y así fluctúo yo, vuelo sin cesar a la cima de la montaña, pero apenas puedo mantenerme un momento en lo alto. Otros también fluctúan, pero en regiones bajas, con fuerzas más poderosas; y si les amenaza la caída, entonces los recoge el acompañante que con este propósito va junto a ellos. Pero yo fluctúo allá arriba, no es por desgracia la muerte, sino la eterna tortura de estar muriéndose.⁴

Una consecuencia inmediata para Kafka del desencadenamiento de la guerra fue que se vio obligado a salir de su habitación en la casa paterna para cedérsela a la mayor de sus hermanas, Elli, y a los dos hijos pequeños de ésta.

Kafka se mudó al piso de Valli, quien entonces se alojaba en casa de sus suegros fuera de Praga. En esta vivienda, enteramente para él, halló refugio ocasional para sus fluctuaciones y vacilaciones. Fue allí donde comenzó a escribir *El proceso* el 11 de agosto. En la novela vertió su angustia por el estallido de la guerra: él mismo se sintió «hecho prisionero» (así lo escribió en un primer borrador), «detenido» en su ciudad y privado de la libertad por un tribunal infernal que repentinamente albergaba designios inescrutables e irrevocables.

A mediados de este mismo mes, Kafka se encontraba en excelente forma creativa; además de iniciar *El proceso*, continuó trabajando en la novela *El desaparecido*, abandonada desde hacía unos meses; y empezó varios borradores, simples tanteos de posibles relatos; entre ellos, el largo fragmento de una historia más prometedora que nunca terminó: «El ferrocarril de Kalda».

El día 15 de agosto anotó en el diario:

Escribo desde hace algunos días, ojalá que dure. Tan completamente protegido, tan agazapado en el trabajo como lo estuve hace dos años, no lo estoy hoy; sin embargo, tengo la sensación de que mi vida de soltero, ordenada, vacía, demente, tiene una justificación. Puedo mantener otra vez un diálogo conmigo mismo y así no me quedo mirando fijamente al vacío. Sólo por esta vía hay una mejoría para mí.⁵

A primeros de septiembre, Kafka dejó la casa de una de las hermanas para trasladarse a la de otra; esta vez, se mudó a la de Elli, en la Nerudagasse 48, un espléndido edificio de viviendas nuevas; un piso alto sin vecinos ni ruidos anómalos que le proporcionó el silencio necesario para escribir. Estaba tan bien allí y tan absorto en la redacción de *El proceso* que a primeros de octubre solicitó una semana de vacaciones extra con el único propósito de continuar trabajando en esta novela. Y las vacaciones se prolongaron con la solicitud de otra semana más de asueto, hasta el 18 de octubre. En estos últimos siete días de obsesiva actividad creadora, Kafka concluyó—según consta en su diario— el supuesto capítulo final de la novela *El desaparecido*, titulado «El gran teatro de Oklahoma»; pero además concibió y escribió un nuevo y singular relato completo, ciertamente sorprendente y que debía mucho al ambiente claustrofóbico y ominoso que se respiraba en Praga y, en general, en la vida cotidiana de Kafka: *En la colonia penitenciaria*.

EN LOS TRÓPICOS DEL HORROR

El relato de la máquina asesina se le ocurrió a Kafka como un derivado de su trabajo en la novela *El proceso*. Solía sucederle que, hallándose en vías de desarrollar una obra de gran envergadura, su acelerada imaginación le proporcionara otras ideas que, en forma de imágenes o inspiraciones momentáneas que no tenían cabida en la obra en marcha, le exigían de inmediato que les diera forma literaria. De esta manera nació *La transformación* en una mañana de domingo cuando, acostado en su cama, Kafka se imaginó transformado en un «bicho monstruoso». Capturado por semejante ocurrencia, la noche de aquel mismo día comenzó a escribir la historia de Gregor Samsa, arrebatado por la inspiración e interrumpiendo el trabajo en la novela que por entonces lo ocupaba: *El desaparecido*. Kafka era más bien un escritor de «aliento corto», la misma inspiración que le dictaba una idea o una imagen le instaba a desarrollarla en el momento o a olvidarla sin más. Los trabajos que exigían pausada meditación y proyección temporal le resultaban más costosos, no se avenían con su mente ágil y perennemente asaltada por multitud de imágenes. Por eso sus cuadernos de notas y diarios están plagados de esbozos de ideas, de chispazos creativos, escenas, frases, hasta conversaciones sin desarrollo ulterior. En el caso de *En la colonia penitenciaria* hubo suerte: Kafka concluyó el relato, y en poco tiempo.

La idea—¿o fue la imagen?—que inspiró la historia de *En la colonia penitenciaria* le sobrevino en medio del dédalo de intuiciones y visiones de esos días de enorme creatividad; quizá durante una de sus largas jornadas de escritura de los capítulos iniciales de *El proceso*, en la casa solitaria de su hermana, o tal vez durante alguno de los paseos que daba por aquella Praga pasmada por una guerra que ya empezaba a hacer trizas la piel de los combatientes y a mellar el ánimo de los civiles. En todo caso, la idea era espeluznante y muy acorde con los tiempos que corrían. Kafka imaginó un ingenio mecánico letal, una máquina de tortura diseñada para inscribir lentamente en la piel de un condenado con agujas punzantes el mandato de la ley que éste ha infringido. El aparato se erige imponente, semejante a un poderoso tótem técnico, en medio de un paraje desértico, en las inmediaciones de un penal, en una colonia de algún país tropical indeterminado dominado por europeos; la época histórica es también indeterminada, quizá finales del siglo

XIX o comienzos del XX.

Un viajero explorador llegado desde Europa con la misión de examinar los diversos modos de hacer justicia que rigen en otras regiones del globo es invitado a visitar la colonia penitenciaria, y descubre que en sus dominios rigen leyes marciales especiales. A los acusados (ya sean soldados de guarnición o civiles) se los condena a morir soportando el suplicio que inflige la máquina torturadora. Gracias a un sencillo *hardware* algo tosco, y animada por una especie de *software* contenido en una plantilla de intrincados diagramas, el singular aparato es capaz de matar lentamente al infeliz que yace maniatado en la camilla por encima de la que penden unas terribles agujas encargadas de tatuar en su piel el mandato de la ley en virtud de la cual se lo condena. Tan ingeniosa manera de ejecutar la inventó un legendario comandante de la colonia, ya desaparecido. Las nuevas autoridades no son demasiado partidarias de esta manera de hacer justicia, pero todavía no se atreven a declararse abiertamente en contra.

Un oficial del Ejército colonial, fascinado tanto por el procedimiento judicial del antiguo comandante como por el aparato mecánico que ejecuta las sentencias, se encarga de explicar al viajero cómo es la ley en la colonia penitenciaria y cómo se llevan a cabo las ejecuciones. El viajero se verá envuelto en un conflicto—que le es ajeno—entre la nueva y la vieja aplicación de la ley en aquella colonia, y confrontado sin querer con el aparato asesino y con la mente fanática del oficial. La historia, como todas las de Kafka, antes que en la acción se sostiene en la palabra; de ahí proviene esa densidad intelectual que también en esta ocasión reta al lector a interpretarla.

Quizá sea acertado suponer que Kafka se dejó llevar por su imaginación hasta los yermos parajes de aquella historia, precisamente porque él mismo se sentía torturado por el vacío y el pesar que le había dejado la ruptura con Felice. Su interior era también un páramo en el que sólo se alzaba una máquina mortal que constantemente le punzaba la piel con los propios remordimientos y con los reproches que le hizo su infeliz enamorada. Pero no sólo eso, la misma «ley» que lo había condenado a permanecer retenido en Praga lo condenaría a muerte si el infierno de la guerra—un infierno técnico manejado por fanáticos demonios asesinos—llegaba hasta la ciudad o él mismo salía a combatir a alguno de los diversos frentes europeos. Y era esa misma ley la que estaba condenando a millones de soldados a morir despedazados en el que con un

repugnante eufemismo los poderosos llamaban «el campo del honor».

La tortura y la muerte eran omnipresentes en aquella Praga de momento a salvo de ser bombardeada de verdad. Del frente oriental llegaban rumores sobre casos de crueles ejecuciones extrajudiciales de supuestos espías y colaboradores con el enemigo, llevadas a cabo por el Ejército austrohúngaro en aldeas serbias con el propósito de «escarmentar y dar ejemplo a la población civil». Por otra parte, en el frente occidental, el Ejército alemán había invadido Bélgica a sangre y fuego, y también pasaba por las armas a ciudadanos indefensos mientras bombardeaba ciudades como Lieja sin ninguna consideración por los tesoros culturales que contenían. Había empezado una guerra destructiva en toda regla, una guerra en que los avances técnicos posibilitaban una gigantesca destrucción jamás conocida en los anales de la humanidad.

Era difícil, sin embargo, que la historia a la que Kafka dio forma en su nuevo relato tomase como motivo algún episodio o escenario de la Primera Guerra Mundial; como escritor, él no tenía experiencia directa de una realidad que sólo podía intuir y que, al serle tan próxima, le resultaba demasiado dolorosa como para tratarla de manera artística. Además, Kafka no era un escritor «realista» ni «naturalista», y ello a pesar de que adoraba a Dickens y a Flaubert. Por eso, la historia que plasmó en el relato de la colonia penitenciaria remitía a un trasfondo histórico anterior a la contienda, más conocido por él en su aspecto épico y más susceptible de ser moldeado y transformado en elemento artístico, sin que por ello dejara de ser igualmente cruel y tenebroso.

Mucho antes de la Gran Guerra eran conocidas y temidas en toda Europa las colonias penitenciarias que las grandes potencias mantenían en el extranjero. Hacía ya más de un siglo que Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia trasladaban a sus condenados a lugares remotos, lo más lejos posible de las metrópolis dominantes—Londres, París, Berlín y Moscú—, con la intención de que sufrieran allí sus castigos, cumplieran condenas de exilio, e incluso con el objetivo de que se establecieran allí como colonos a cambio de conmutarles la cadena perpetua o la pena de muerte.

En la época de Kafka eran tristemente célebres las colonias penitenciarias de Nueva Caledonia, en Australia; la isla del Diablo, en la Guayana francesa; Siberia, o los numerosos penales alemanes en Brasil, Namibia y Madagascar.

Estos lugares se mencionaban en la prensa y en algunas novelas de aventuras que Kafka leyó en su adolescencia.⁶

Fiódor Dostoievski, quien contó sus experiencias como recluso condenado a trabajos forzados en Siberia en sus espléndidas *Memorias de la casa muerta* (1861-1862), fue también uno de los autores de cabecera de Kafka. Al igual que Antón Chéjov, quien viajó a la isla rusa de Sajalín para conocer de primera mano la vida que llevaban allí los reclusos condenados por el zar, y publicó sus experiencias en forma de libro en 1895.

Y tratándose de colonias es obligado mencionar aquí la resonancia que tuvo en toda Europa el denominado «caso Dreyfus», que puso de manifiesto lo injusta que puede ser la «Justicia» y la crueldad de los penales a los que a menudo se mandaba a reos inocentes.

Alfred Dreyfus, capitán del Ejército francés, judío de origen, fue condenado a trabajos forzados por unos hechos de los que más tarde se demostraría que era inocente. Lo acusaron de espiar para el enemigo con pruebas muy endebles; mientras, el verdadero culpable, otro militar francés de alta graduación y de familia aristocrática—Ferdinand Esterházy—, fue incluso vitoreado por conservadores y nacionalistas. A pesar de las evidencias en contra, un poderoso sector político, militarista y antijudío se negó obstinadamente a reconocer su error.

Tras soportar un interminable calvario judicial que duró más de una década—de 1894 a 1906—, Dreyfus fue por fin rehabilitado, declarado inocente e incluso ascendido a comandante. Sin embargo, el daño ya estaba hecho y el *affaire* Dreyfus, con sus disputas entre *dreyfusards* y *antidreyfusards*, desveló una profunda división ideológica que partió Francia en dos: los primeros defendían ideas liberales y de corte humanista, mientras que los segundos demostraban ser conservadores, nacionalistas y antisemitas. El revuelo mediático del caso evidenció la existencia de estas mismas divisiones ideológicas en el resto de naciones europeas.

El caso Dreyfus dio publicidad a la terrible colonia penitenciaria de la isla del diablo, puesto que ése fue uno de los penales a donde trasladaron al inocente ex capitán, degradado y humillado, para cumplir parte de los doce años de trabajos forzados a los que fue condenado; en la terrible isla penó cuatro años. Kafka era estudiante de derecho cuando tuvieron lugar las discusiones más arduas en torno a la necesaria liberación de Dreyfus,

iniciadas con la publicación del famoso panfleto de Zola *J'Accuse...!*, el 13 de enero de 1898. Zola llamaba seriamente la atención al presidente de la República para que remediase la injusticia cometida con Dreyfus y revocase la absolución del verdadero culpable. El modélico panfleto conmovió al mundo cultural de Europa.

Situada a once kilómetros de la costa de la Guayana francesa, con una extensión de unas catorce hectáreas, la isla del Diablo fue usada como colonia penitenciaria francesa desde 1851. Casi inhóspita, plagada de rocas y selva tropical, se hizo famosa por la dureza con la que se trataba a los reclusos, más de ochenta mil desde 1852 hasta 1938, cuando dejó de usarse como colonia penal. Es probable que Kafka pensara en ella o en un lugar vagamente parecido de los trópicos para ambientar la historia de la máquina homicida.

Mientras Kafka estudiaba leyes en la Universidad de Praga, venía discutiéndose públicamente desde 1901 en el ámbito del derecho penal alemán la idoneidad de enviar a los criminales de nacionalidad alemana a las penitenciarías de las colonias. Él tuvo noticia de ello, puesto que entre 1903 y 1905 fue alumno de uno de los más conspicuos defensores de la deportación a colonias de «criminales y degenerados»: el criminalista y juez de instrucción austríaco Hans Gross. Autor de uno de los libros más influyentes en su ámbito —*Manual del juez*—, Gross se hizo célebre en la historia de la criminología por haber revolucionado el método de investigación criminal. Explicó la necesidad de llevar a cabo investigaciones exhaustivas en el lugar del crimen (fijarse en objetos, huellas y otros datos en apariencia secundarios), en vez de fiarse sólo de las revelaciones de los testigos, muchas veces falsas. Pidió a los investigadores algo más de maña e imaginación para adentrarse en el mundo psicológico de los acusados y de este modo aportar más pruebas con el propósito de esclarecer su inocencia o determinar su culpabilidad. Siguiendo las pautas del italiano Lombroso, también Gross suponía que había estereotipos criminales, más fáciles de identificar entre ciudadanos inadaptados, de clases bajas y del mundo marginal que entre las personas de clases acomodadas. Abogó por deportar a los criminales, con el argumento de que no debían «contaminar» al resto de la sociedad, aún sabiendo que la deportación no los rehabilitaría, sino que los condenaba a una muerte lenta.

A fin de zanjar la discusión pública en Alemania en torno al asunto de las deportaciones con una resolución definitiva basada en pruebas contundentes,

el Ministerio de Justicia alemán encargó al joven jurista Robert Heindl que visitara las colonias penitenciarias más importantes con el objeto de que elaborara un informe sobre cómo se administraba allí la justicia y cómo era la vida de los deportados. El informe fue publicado en 1912 con el título *Meine Reise nach den Strafkolonien* ('Mi viaje a las colonias penitenciarias'). La conclusión de Heindl fue irrevocable: la vida en la mayor parte de ellas era un infierno, despiadada y cruel.

Es pertinente suponer que este estudio influyera tangencialmente en el relato de Kafka: el viajero explorador que llega a la colonia es presentado allí como «un gran investigador de Occidente, designado para examinar los procedimientos judiciales en todos los países». Heindl contaba cosas espeluznantes en su libro, entre otras, la macabra conversación con un verdugo especializado en guillotinar cabezas, que se mostraba entusiasmado con el arte de matar con este artefacto y con la guillotina misma, para la que incluso había proyectado mejoras: la idea de cómo cortar varias cabezas a la vez con una única cuchilla, una guillotina múltiple. El también biógrafo de Kafka, Klaus Wagenbach, señala este pasaje en concreto como una fuente testimonial de *En la colonia penitenciaria*.

Es de suponer que este ambiente de colonias penitenciarias en los trópicos o en Siberia, y de discusiones judiciales en torno a su humanidad e inhumanidad, Kafka lo tuviera presente a la hora de desarrollar su relato. Constituía un sustrato que lo abonaba; al fin y al cabo, él mismo era abogado, y su cometido principal en el Instituto de Seguros consistía en tramitar indemnizaciones para obreros y trabajadores que habían sufrido lesiones con derecho a una compensación. Kafka no era un enamorado de su trabajo funcional, pero cumplía con su deber a la perfección, buscando siempre el bien de las personas que necesitaban su ayuda; elaborando expedientes en los que describía accidentes y sus causas y en los que siempre que podía eximía de culpa al trabajador. Por lo demás, han quedado esquemas realizados por él de máquinas que por su mala disposición causaban accidentes. También hay esbozos de mejoras para esas mismas máquinas, trazados por su propia mano. Sin duda, al tratar acerca de la ley y de las máquinas mortíferas, Kafka sabía muy bien de qué hablaba.

COLONIALISMO Y DESPRECIO DEL SER HUMANO

Aparte de las posibles influencias psicológicas y sociales referidas anteriormente, que bien pudieron confluír en la mente de Kafka a la hora de escribir *En la colonia penitenciaria*, los estudiosos han visto otras supuestas influencias de carácter estrictamente literario. Y aunque no pueda probarse que exactamente fueran «influencias», bien puede anotárselas como «afinidades electivas» que ayudarán al lector a situar este relato en un subgénero literario fecundo: el de los relatos crueles ambientados en lugares exóticos.

En un siglo tan prolífico en obras literarias de genio como fue el XIX—sobre todo en sus últimas décadas—, los asuntos relacionados con el colonialismo proporcionaron abundante material literario. En las postrimerías de ese siglo irrumpieron dos figuras descomunales que impregnarían el imaginario de cuantos eran jóvenes a comienzos del siglo XX: Joseph Conrad y Rudyard Kipling. Una obra tan profunda, rompedora y crítica como *El corazón de las tinieblas* apareció en 1899. No consta que Kafka la leyera; y tampoco sabemos si conoció los relatos más célebres de Kipling, aunque sí tenemos la certeza de que poseyó alguna obra menor de este autor en su biblioteca.

Hannah Arendt, en su influyente ensayo *Los orígenes del totalitarismo* (1951), tomó como ejemplo la mencionada novela de Conrad, inspirada en la brutal colonización del Congo Belga, para ilustrar las ansias de botín de los colonizadores europeos, su racismo y el desprecio por los aborígenes, rasgos característicos de varias generaciones de europeos «civilizados». Arendt consideró este desprecio generalizado por parte de los blancos respecto a los hombres y mujeres de otras razas como uno de los gérmenes de los totalitarismos políticos del siglo XX (Hitler y Stalin). Veía característico de estos regímenes políticos el odio ideológico hacia personas a las que consideraba «indignas» e «inferiores», estigmatizadas ya fuera por su raza (en el caso de los nazis) o por su cuna (en el caso soviético), además de por otras singularidades, mal vistas por los dominadores, como una determinada orientación sexual o simplemente por hábitos de vida considerados perniciosos por los ostentadores del poder.

En los totalitarismos—y en cualquier otro régimen autárquico—, el menosprecio de los diferentes está justificado por el Estado, se institucionaliza y se convierte en ley. Pero además, ese mismo Estado desconfía de todos sus conciudadanos porque los considera criminales en potencia, culpables de desviarse de la ideología dominante. Quien vulnera las leyes que han sido impuestas de manera arbitraria sólo merece el castigo. Nada de derechos humanos: todos los acusados son en principio culpables.

El colonialista era ya un modelo totalitario de hecho, puntualizó Arendt, puesto que se sustentaba en el derecho exclusivo de los colonizadores a juzgar a los colonizados con unas leyes que no hubieran querido para ellos mismos; las colonias estaban sujetas a jurisdicciones policiales y no estatales. Allí los juicios dependían de autoridades secundarias, pero casi omnipotentes, pequeños reyezuelos aventureros podían crear a su alrededor círculos de poder absoluto (tal y como sucede en *El corazón de las tinieblas*), o militares sin escrúpulos podían vapulear a placer a las personas que tenían la mala suerte de caer bajo su jurisdicción.

Es posible incluir *En la colonia penitenciaria* en este subgénero literario fecundo de relatos de tema colonial y ambientación exótica, aunque no trate directamente de la humillación de unos aborígenes salvajes, sino de la violación de las garantías legales más esenciales por parte de un poder policial que aplasta con su peso a individuos indefensos y débiles, sobre todo, cuando no pertenecen a la nación colonizadora. La indiferencia que el oficial del relato de Kafka siente por la vida del condenado puede constituir una clave simbólica de la deshumanización esencial y generalizada que se agazapa en el hombre que proviene del «mundo civilizado», en el reverso de su apariencia, cuando tiene poder sobre la vida y la muerte de otros hombres a los que no considera sus iguales.

CRUELDADES LITERARIAS: POE, MIRBEAU, WLADICZEK

Entre las posibles influencias y afinidades electivas de *En la colonia*

penitenciaria se ha mencionado el espeluznante relato de Edgar Allan Poe *El pozo y el péndulo*, publicado en 1842. No consta que Kafka tuviera obras de este autor en su biblioteca, sin embargo, es posible que conociera la historia del péndulo por mediación del dibujante Alfred Kubin, con quien tuvo trato en Praga. Kubin dibujó espeluznantes ilustraciones para algunos de los relatos más conocidos del genio estadounidense del cuento de terror.

La prolífica imaginación de Poe presentó en *El pozo y el péndulo* un hombre sentenciado a muerte por un «tribunal de la Inquisición española». Lo encierran en una celda en tinieblas en la que también hay un pozo cuyo brocal queda situado a ras del suelo resbaladizo en la misma celda. El preso descubre por casualidad el peligroso pozo en la oscuridad y no cae en él, tal y como era la intención de sus verdugos. Entonces, los inquisidores idean otro tipo de suplicio: la víctima será destrozada con alevosía por una enorme cuchilla sujeta a un gran péndulo que se balancea pendida del techo. El péndulo lo propulsa un engranaje infernal que lo hace descender con programada lentitud hacia el condenado. El reo, tendido boca arriba, férreamente sujeto con correas, observa cómo el péndulo se le acerca más y más con cada nueva oscilación. Su angustia es infinita, sin embargo, su maña lo salva de que la cuchilla le seccione la carne. Pero el terror no termina ahí, pues una vez liberado de la cuchilla infernal, las paredes de la celda comienzan a estrecharse para obligar al prisionero a caer al pozo si no quiere morir aplastado.

El cuento de Poe tiene final feliz: el condenado, al borde de la locura, es salvado en el último momento por un oficial del Ejército francés que entra en Toledo y libera a los presos encarcelados por los temibles inquisidores. Quizá Kafka, de conocer esta historia, viera en el péndulo oscilante de Poe, con su afilada cuchilla, un lejano antecesor, más basto, del artilugio de tortura que él ideó para su relato colonial: la máquina que inscribe con agudas agujas en la piel del condenado el mandato de la ley. Pero esto es mera especulación.

Otra supuesta influencia, acaso más convincente y probable, ampliamente citada por los comentaristas de la obra de Kafka, es la macabra novela *El Jardín de los Suplicios*, del escritor y periodista francés Octave Mirbeau, publicada por primera vez en París en 1899,⁷ precisamente durante la época del caso Dreyfus. Mirbeau se refería explícitamente a esa injusticia cometida con el militar francés en la introducción de su relato cuando elogia

irónicamente el placer de la caza. «El *affaire* Dreyfus—dice Mirbeau—nos da de ella [de la caza] un ejemplo admirable, y creo que la pasión por el asesinato y la alegría de la caza jamás se habían exhibido de manera tan completa y cínica».⁸

Mirbeau concibió su novela directamente contra «los poderosos»: jueces, sacerdotes, soldados, administradores de justicia e incluso docentes y educadores. Contra todos estos ostentadores de poderes, amparados por el Estado, lanzaba durísimas críticas: «Y son los jueces, los soldados, los sacerdotes, los que, por todas partes, en las iglesias, los cuarteles, los templos de la justicia, se afanan en la obra de la muerte». Kafka leyó al autor francés y seguramente sintió afinidad con sus críticas a los poderes establecidos; al fin y al cabo, en su juventud también él trabajó conocimiento con el socialismo, con lo que adquirió conciencia de las injusticias sociales. Entre los libros que dejó al morir no se encontró *El Jardín de los Suplicios*, pero sí otras obras de Mirbeau: el *Diario de una camarera* y un volumen con historias breves, ambos en traducción alemana—aunque Kafka era capaz de leer en francés—. Ésta es la prueba más evidente de que ciertamente conocía al autor galo.

La descabellada novela *El Jardín de los Suplicios*—dividida en tres partes muy desiguales y algo deslavazadas—narra el viaje de un supuesto científico enviado por el gobierno francés a las islas Fiyi y a Tasmania para estudiar los diversos sistemas de administración penitenciaria locales y considerar su posible aplicación en Francia. Durante el viaje en barco, el enviado se enamora de Clara, una fascinante mujer inglesa admirada por cuantos la conocen. Ella le corresponde, pero al poco se descubre que la bella es una verdadera *femme fatale*, una ninfómana sedienta de sádicos placeres sexuales extremadamente feroces; el viajero se siente atraído por ella a la par que repelido e indignado, pero es incapaz de abandonarla.

Llegados a China, la amante lo lleva de visita al «Jardín de los Suplicios», un lugar de naturaleza exuberante y bien cultivada en el que, entre exóticas variedades de plantas, se encuentra el más espeluznante nido de tormento que quepa imaginar. El viajero y su dama recorren el frondoso jardín asistiendo a gran variedad de torturas y suplicios: mutilaciones, empalamientos, degollaciones, ahorcamientos, decapitaciones. Se lleva la palma del horror la descripción del nauseabundo suplicio de la rata encerrada en una vasija cuya abertura se sujeta firmemente al cuerpo del condenado; el animal queda

encerrado entre las paredes de la vasija y la carne desnuda del reo, y, loco por escapar, tiene que roer la parte más blanda para abrirse paso mientras el condenado sufre una atroz agonía. O el de la espantosa campana que tañe sin cesar hasta matar de locura al infeliz que está tendido bajo ella. Por doquier se ven hombres y mujeres troceados, cárceles peores que las de Piranesi y Dante, plagadas de verdaderos zombis semi humanos que los visitantes pueden alimentar con carroña mientras ven cómo se devoran entre ellos luchando por conseguir la nauseabunda pitanza.

La sobrecogedora visita a tan deleznable jardín está sazonada con los comentarios de los dos personajes principales que, mientras contemplan el espectáculo, dialogan plácidamente sobre el amor y la muerte, la vida y el sufrimiento, la culpa y el castigo. Todo, en apariencia, dicho de manera neutral o filosófica, aunque cargada del más hondo cinismo:

—¿Qué delitos han cometido esos infelices para merecer tales torturas?

Ella respondió distraídamente:

—Yo qué sé... Ninguno, tal vez, o poca cosa, eso seguro. Pequeños robos a los comerciantes, supongo. ¡Es gente de la plebe... vagabundos del puerto... mendigos... gente pobre! No me interesan mucho.

Mirbeau era un agudo crítico social inspirado directamente en el «divino» marqués de Sade, de ahí sus pedagógicas reducciones al absurdo. *En la colonia penitenciaria* empalidece frente al terrorífico sadismo de Mirbeau, pero es plausible que Kafka se acordara de sus aberraciones aquellos días en que, a solas en el piso de su hermana, abrumado por la conciencia de la maldad humana, comenzó a escribir su propia historia tropical de sadismo y tortura.

No sólo la perfidia de los personajes de Mirbeau pudo haber ocupado el sustrato de la mente de Kafka. Klaus Wagenbach ha llamado la atención sobre otra novela de corte sádico como posible fuente de inspiración: se trata de un producto menor, completamente desconocido en la actualidad, titulada *Die Fieberschule der Amalgamisten* ('La escuela febril de los amalgamistas'),⁹ firmada por una tal Regina von Wladiczek, pero escrita en realidad por el

teniente prusiano Richard Fuhrmann.

En torno al cambio de siglo y los primeros años del siglo XX abundaba en Europa la literatura de tema masoquista: Leopold von Sacher-Masoch y los émulos literarios del marqués de Sade abanderaban una moda secreta sólo para iniciados. Kafka y Max Brod tuvieron también sus coqueteos con esta clase de literatura, que leída hoy parece más surrealista que pornográfica, pues tal era su principal pretensión. Los dos escritores estaban suscritos a sendas publicaciones de literatura entre decadentista y erótica: las revistas *Amethyst* y *Die Opale*. Su director era Franz Blei, amigo de Kafka y de Brod; fue escritor y editor, así como un conocido divulgador de la literatura francesa de la época.

En este tipo de literatura se inspiraron cantidad de «novelas» que contaban historias cuyos protagonistas femeninos calzaban botas de caña alta con tacón de aguja y lucían extravagantes atuendos de cuero negro y pieles salvajes, además de ser avezadas amazonas de fusta y látigo. La principal inspiradora de este subgénero erótico-sádico fue *La Venus de las pieles*, de Masoch—de ahí proviene el término *masoquismo*, como es sabido—. Una escueta búsqueda por Internet da cuenta de la abundante producción de novelas de contenido sadomasoquista que abundaban en Alemania y el Imperio austrohúngaro en torno al cambio de siglo. Habitualmente se vendían por suscripción privada para eludir la censura. La novela de Wladiczek no fue ninguna excepción en su época, sino una más de las numerosas obras de subgénero, concebida para entretener y excitar los instintos más básicos de sus lectores. Wagenbach se refiere a ella como posible inspiradora del relato de Kafka no porque apareciera algún rastro suyo en la biblioteca del escritor, sino más bien porque contiene un pasaje ciertamente revelador en el que se describe un aparato de tortura, la «máquina de azotar»:

El conde Axel ofició de cicerone. Primero explicó el cometido de algunos instrumentos de tortura construidos según muestras exactas de la Edad Media: el extensor de palo, la rueda, la doncella de hierro, el cilicio, las tenazas, la cruz, etcétera. Luego nos mostró un aparato muy moderno cuyos extraordinarios resultados no se cansaba de elogiar.

—La máquina de azotar—explicó—es una conquista de los tiempos modernos, mejor dicho, de la más moderna cultura. Sólo

necesita que la conecten a la corriente eléctrica y de inmediato empieza a funcionar. Antes, como es natural, hay que programar el número, el grado y la clase de azotes que queremos. Una vez fijada la lección, la máquina la imparte a toda costa: ¡eso es lo mejor de todo! Cualquier tipo de reticencia y compasión están fuera de lugar.¹⁰

El morboso relato prosigue con una demostración práctica: una de las acompañantes de Amalgama—la voluptuosa protagonista de la novela—es encadenada al suelo por los pies («sus adorables piecitos enfundados en finas botas de cuero»), mientras se le sujetan las manos en una barra superior; colocada en la debida postura para mejor recibir los azotes donde más le duela, se la somete sin más a una tanda de doce. En este caso, el dolor lacerante de los latigazos tiene por meta que la sometida y los espectadores se deleiten (y lleguen al éxtasis) con el espectáculo, algo que logran con tan sólo seis azotes bien administrados.

Tras la sádica escena, los participantes coinciden en afirmar que lo mejor sería ir de visita a otras tierras en las que esta clase de máquinas puedan programarse, además de para impartir una azotaina sin importancia, también para administrar una tanda de latigazos de verdad, que conduzca *a la muerte*, «la más voluptuosa de las experiencias», según los macabros gozadores.

Es imposible saber con certeza si este episodio influyó en Kafka para su infernal invento de *En la colonia penitenciaria*. Lo que es seguro es que poco antes de la Primera Guerra Mundial la imaginación erótica de las jóvenes generaciones se vio muy animada por este tipo de literatura que, medio en serio medio en broma, incitaba a probar el dudoso placer de la violencia en las relaciones sexuales. Por lo demás, las ansias sadomasoquistas de las masas serían colmadas con creces en el baño de sangre que causó la Primera Guerra Mundial, y esta vez sí, la inmensa máquina bélica, cual supremo Moloch ávido de sacrificios, estaba ya más que programada para dar muerte sin concesiones a toda criatura viviente.

SCHOPENHAUER Y NIETZSCHE

Es posible advertir también ecos filosóficos *En la colonia penitenciaria*. Kafka fue lector de dos filósofos cuyas ideas eran muy apreciadas a principios del siglo XX: Schopenhauer y Nietzsche.

El filósofo alemán Arthur Schopenhauer, considerado el pensador pesimista por excelencia, sentenció que la vida es sufrimiento y nuestro mundo, un «valle de lágrimas». En su obra *Parerga y paralipómena*—su libro de ensayos más popular y un verdadero éxito de ventas de finales del siglo XIX—aconsejaba a sus lectores que no debían hacerse ilusiones con la felicidad; la felicidad es una quimera—decía—, no existe; por eso nunca podremos ser felices, sino tan sólo «un poco menos desdichados». De ahí que el mejor método para sufrir menos (puesto que no sufrir nada sólo se consigue con la extinción de la vida) consista en desterrar de nuestras mentes el deseo de ser felices y, sobre todo, dejar de lado las ilusiones de felicidad con respecto al mundo:

A fin de tener a mano en todo momento una brújula segura con la que orientarnos en la vida y verla siempre sin peligro de equivocarnos bajo la luz que le corresponde, nada hay más eficaz que acostumbrarnos a contemplar este mundo como un lugar de expiación, esto es, como una colonia penitenciaria, *a penal colony*.¹¹

El budismo y el cristianismo también predicaban estas mismas ideas—de lo que se congratulaba Schopenhauer—; en esencia, postulaban que el mundo es un lugar de penalidades sin fin, y el ser humano está condenado a padecerlo igual que si fuera un presidiario en un penal en apariencia ilimitado, que es la tierra entera. Pero de entre todos los males que acosan a la humanidad por hallarse presa en este penal mundano, Schopenhauer consideraba como el peor el mal que proviene de los demás presidiarios. Por eso aconsejaba a los hombres de «alma noble» que procuraran comportarse en sus vidas cual prisioneros con dignidad, aislándose y buscando la soledad en medio de sus congéneres, el resto de «condenados a galeras».

En un viaje por Europa emprendido en la adolescencia junto a sus padres, el futuro filósofo visitó el puerto de la ciudad francesa de Tolón; allí, en el arsenal, tuvo ocasión de observar a una distancia prudencial las inmundas galeras que servían de cárcel a cientos de criminales y demás presidiarios. Semejante *tour* carcelario le dejó una imborrable impresión de por vida. Es

muy elocuente la descripción de aquella tremebunda visión de hombres encerrados y encadenados que plasmó en su diario de viaje:

Los trabajos más duros del arsenal se dejan para los galeotes; verlos causa una fuerte impresión en el extraño que los observa. Están divididos en tres clases: a la primera pertenecen los que sólo están aquí por delitos leves y por poco tiempo, desertores, soldados insubordinados, etc.; éstos solo llevan un grillete de hierro en el pie y pueden moverse con libertad de acá para allá, es decir, dentro del arsenal, pues a la ciudad no se le permite ir a ningún *forçat* [forzado]. A la segunda clase pertenecen los que han cometido delitos más graves; trabajan de dos en dos amarrados por los pies con pesadas cadenas. Los de la tercera clase, aquellos que han cometido los peores crímenes, están encadenados al banco de la galera, que nunca abandonan; éstos se ocupan con trabajos que pueden despachar sentados. El destino de tales desgraciados lo considero mucho más aterrador que las condenas a muerte. Las galeras, que he visto por fuera, parecen ser el lugar más sucio y repugnante que pueda imaginarse. Estas galeras son viejos barcos condenados que ya no salen al mar. El lecho de los *forçats* es también el banco al que están encadenados. Su alimento, sólo pan y agua; no comprendo cómo sin una alimentación más potente y consumidos por las penalidades siguen aún con vida con ese trabajo tan severo, pues durante su esclavitud se los trata como a bestias de carga. Es horroroso pensar que la vida de estos miserables «esclavos de las galeras», lo cual ya dice todo, carece por completo de cualquier tipo de dicha, y para aquellos cuyos sufrimientos, incluso después de veinticinco años, siguen sin tener un final, carece asimismo de toda esperanza. ¡Qué horrible imaginar la sensación de uno de estos desdichados mientras se lo encadena al banco de la oscura galera del que únicamente la muerte lo separará! Muchos ven incrementado su sufrimiento a causa de la inseparable compañía que está amarrada a su misma cadena. Y cuando al fin llega el momento que el condenado anheló suspirando con desesperación día a día desde hace diez o doce o, lo que sucede raramente, veinte años largos como una eternidad, el final de la esclavitud, ¿qué será de él? Regresará a un mundo para el que está muerto desde hace diez años y

las posibilidades que hubiera podido tener entonces se habrán desvanecido: nadie quiere contratar al que ha estado en galeras, y diez años de castigo no habrán servido para limpiarlo de un delito que cometió en un instante. Se verá obligado a delinquir por segunda vez y terminará en el patíbulo. Me horrorizó oír que aquí hay seis mil galeotes. Los rostros de estos hombres proporcionan abundante materia para consideraciones fisonómicas.¹²

El joven Schopenhauer tomó esta temprana visión como metáfora de la condición humana general. Algunas de las mejores páginas de sus obras principales, *El mundo como voluntad y representación* y *Parerga y paralipómena*, están consagradas a macabras descripciones de la existencia: el dolor es el rey del universo, lo positivo y evidente, mientras que la felicidad es siempre muy escasa, ocasional y pasajera. Este mundo es «el peor de los posibles», sentenciaba Schopenhauer en remedo de Voltaire; en él domina siempre el más fuerte, que somete a tortura a los débiles hasta que llega alguien más fuerte todavía que lo someta a él a su vez. Pero tanto víctimas como verdugos soportan el peso de la misma ley: la que rige la rueda sin fin del horror universal, el holocausto perpetuo al que están sometidas las especies de todas las criaturas vivientes, la muerte cíclica y eterna de la naturaleza; según esta ley, también los más crueles devoradores son devorados en el juicio universal, nadie está a salvo en este mundo de miseria y expiación.

Quien conozca estos requiebros cósmico-pesimistas fácilmente podrá imaginarse al viejo Schopenhauer susurrar al oído de Mirbeau un pasaje como éste, extraído de *El Jardín de los Suplicios*:

Y el universo me aparece como un inmenso, como un inexorable Jardín de los Suplicios... Sangre por todas partes, y allí donde hay más vida, verdugos horribles que hurgan las carnes, sierran los huesos, arrancan la piel, con siniestras expresiones de alegría en sus rostros. ¡Oh, sí, el Jardín de los Suplicios! Las pasiones, los apetitos, los intereses, los odios, la mentira; y las leyes, y las instituciones sociales, y la justicia, el amor, la gloria, el heroísmo, la religión, son las flores monstruosas y los repulsivos instrumentos del eterno sufrimiento humano. Lo que he visto hoy, lo que he oído, existe y grita más allá de este jardín, que para mí ya no es más que un símbolo de toda la tierra.

Por más que busque un alto en el crimen, un reposo en la muerte, no los hallo en ninguna parte.

Debemos a Gustav Janouch, el compilador de las célebres *Conversaciones con Kafka*, tal vez la única manifestación conservada que Kafka hizo sobre el pensador pesimista: «Schopenhauer es un artista del lenguaje. De éste nace su pensamiento. Sólo por su lenguaje ya hay que leerlo a toda costa».¹³ Kafka conocía bien su obra, pues poseía en su biblioteca nueve volúmenes de los doce de que constaban las *Obras completas* publicadas por la editorial alemana Cotta y prologadas por el teósofo Rudolf Steiner—seguidor tanto de Nietzsche como de Schopenhauer y admirado igualmente por Kafka—. Estos volúmenes comprendían las dos extensas obras *El mundo como voluntad y representación* y *Parerga y paralipómena* completas, además de alguna otra obra menor. Sabemos por sus diarios que también conocía una cumplida selección de las *Conversaciones* del filósofo y de su correspondencia; pero además, poseía la segunda edición ampliada de la célebre biografía de Schopenhauer escrita por su amigo y albacea Wilhelm Gwinner; es precisamente en esta obra en la que este biógrafo dio a conocer al público por primera vez la entrada sobre los galeotes del diario del joven Arthur. En 1917, Kafka y su hermana Ottilia, con la que se fue a pasar una temporada a la aldea de Zürau, solían leer juntos fragmentos del gran filósofo pesimista. De manera que no es dar palos de ciego afirmar cierta afinidad intelectual existente entre Kafka y Schopenhauer, tal y como se evidencia, sin ahondar más allá, en los relatos y novelas del primero, claustrofóbicos muchos de ellos, cercanos a las pesadillas los más, y en los que apenas se ve algún mínimo resquicio de esperanza.

En sus años de estudiante universitario, Kafka se interesó mucho por la filosofía. Vivió una época de intensa admiración por Nietzsche, cuyo *Zaratustra* le parecía un libro «insuperable». Su proverbial amistad con Max Brod nació precisamente con ocasión de unas conferencias organizadas por estudiantes en torno a temas de literatura y filosofía.

La tarde del 23 de octubre de 1902 Brod pronunció una conferencia vespertina titulada «Destino y futuro de la filosofía de Schopenhauer», en la que arremetió contra Nietzsche y lo calificó de «traidor» por haber abominado de la filosofía del pesimista después de haber sido uno de sus mayores

devotos. Kafka no se mordió la lengua ante el ataque a su filósofo predilecto y rebatió a Brod. Después de la conferencia los dos jóvenes hablaron durante horas de sus respectivos ídolos y de muchas cosas más: conversaron sobre la vida, el arte y la literatura. Aquella noche nació una amistad que iba a durar hasta la muerte de Kafka y más allá, pues Brod fue quien dio a conocer al mundo el legado literario inédito de su querido amigo.

Es posible que, poco después de conocer a Brod, Kafka se adentrara en las profundidades filosóficas schopenhauerianas de los horrores del mundo, la culpa y la expiación metafísicas. «Culpa», según Schopenhauer, por el hecho de vivir y causar dolor; y «expiación» por el hecho en sí de estar vivos, sometidos a penalidades sin límite. La culpa y la expiación se retroalimentan, forman parte de la misma partida. Se es culpable sin saber por qué, sólo por haber nacido; ese nacimiento es el que penamos hasta que morimos, así lo creía Schopenhauer, transmitiendo de nuevo el sentimiento barroco tan bien escenificado por Calderón. Ideas similares o muy cercanas las expresó Kafka en *El proceso*, una obra editada precisamente por Brod tan sólo un año después de morir su autor.

Siguiendo con este hilo de ideas, también el condenado de *En la colonia penitenciaria*, un hombre insignificante, desconoce su culpa; ni siquiera ha sido sometido a juicio, sino sólo denunciado, juzgado arbitrariamente y conducido preso a la máquina que ha de torturarlo hasta la muerte. «La culpa es siempre indudable», afirma el oficial que administra justicia. Es el principio universal que rige como ley en la colonia penal, y garantiza la condena a cualquier acusado.

El viajero explorador se sorprende de que no se sigan procedimientos más acordes con el derecho civil vigente en los países civilizados de Occidente, pero ahora se encuentra en las colonias y en ellas rigen otras normas, las de quien ostenta el poder efectivo y real. Así que lo único que puede hacer por su parte es observar y callar.

Quien ostenta el poder, en cambio, quiere ejercerlo para que se sepa que lo ostenta y para que se le tema. El poderoso inflige castigos «ejemplares» a fin de escarmentar a los rebeldes. La función que el oficial del relato de Kafka organiza con su máquina y con la ejecución es, en último término, pedagógica (en esto se parece a Sade, Mirbeau y Wladiczek). El condenado debe experimentar en su cuerpo la fuerza de la ley, pero también la belleza de la ley.

Ello debería conducirlo al éxtasis de la comprensión poco antes de morir; y también los espectadores experimentarán algo parecido a un éxtasis cognoscitivo: «ahora se hace justicia», reconocen, según le cuenta el oficial al explorador.

La máquina que inventa Kafka en un posible remedo de otros artefactos de tortura literarios está ideada asimismo para enseñar. De ahí que inscriba en la piel del reo el mandato de la ley que ha burlado, «honra a tus superiores» o «sé justo», para que éste la aprenda, y con él los espectadores.

Es difícil no ver en este procedimiento de castigo la aplicación práctica del lema «la letra con sangre entra», tan querido por los pedagogos de épocas pasadas y en tiempos de Kafka. Precisamente uno de los pioneros en combatirlo fue Francesc Ferrer i Guàrdia, quien lo desterró de sus escuelas laicas catalanas en las primeras décadas del siglo XX; su loable intento no cuajaría de verdad en las sociedades civilizadas hasta las últimas décadas de ese mismo siglo. Kafka, de natural bondadoso, se mostró interesado por las nuevas pedagogías no impositivas; colaboró en hogares para niños judíos refugiados y siempre persiguió ideales de vida sanos y lo más cercanos a la naturaleza. Cualquier acto de violencia le era ajeno, de ahí su descontento y desilusión con el mundo.

Según lo anterior y dado su gusto por Nietzsche, es plausible que a Kafka le llamasen la atención algunos pasajes concretos de *La genealogía de la moral* (1877) en los que el filósofo expresa su repudio a este afán humano de enseñar lo que se considera serio e importante, aquello que debe de quedarle al hombre grabado para siempre en la memoria a fuerza de aplicarle la crueldad y la violencia.

«¿Cómo aprendió el hombre su *nemotécnica*, es decir, cómo aprendió a formarse una “conciencia” a la que atarse?», se pregunta Nietzsche; «a través del dolor», reza su contundente respuesta.

¿Cómo se le puede hacer al animal humano una memoria? ¿Cómo lograr que a este entendimiento atado al instante, en parte embotado, en parte demasiado parlanchín, y que es el olvido en persona, se le quede grabado algo de tal manera que pueda tenerlo presente?

Y continúa:

«Se graba a fuego lo que se quiere que permanezca en la memoria: sólo lo que no deja de *doler* se queda en la memoria»: éste es un principio fundamental de la más vieja (por desgracia, también de la más larga) psicología que hay en el mundo.¹⁴

Añade que la humana es una «historia de horrores», el hombre ha aprendido su «seriedad» a base de ellos, de sufrirlos y de infligirlos:

Nunca se podía prescindir de la sangre, el martirio y el sacrificio cuando el hombre consideraba necesario hacerse una memoria; los más horrendos sacrificios y prendas (entre los que se cuenta el sacrificio de los primogénitos), las más repugnantes mutilaciones (por ejemplo las castraciones), los más crueles rituales de todos los cultos religiosos (y todas las religiones son en lo más hondo sistemas de crueldades): todo esto tiene su origen en aquel instinto que adivinó que el dolor es el más poderoso instrumento mnemotécnico. En cierto sentido toda la ascética tiene aquí su lugar propio: de lo que se trataba era de hacer que unas cuantas ideas llegasen a ser imborrables, omnipresentes, inolvidables, «fijas», para así hipnotizar mediante esas «ideas fijas» todo el sistema nervioso e intelectual; y los procedimientos y formas de vida ascéticos son medios para ello, para separar esas ideas de la competencia con las demás, para hacerlas «inolvidables». Cuanta peor memoria tenía la humanidad tanto más terrible es el aspecto de sus usos y costumbres; especialmente la dureza de las leyes penales proporciona un criterio para medir cuántos esfuerzos necesitó para llegar a la victoria sobre el olvido y para que esos esclavos del instante emocional y apetitivo tuviesen siempre *presentes* unas cuantas exigencias primitivas de la convivencia social.

A continuación, Nietzsche se encara con «los alemanes», a quienes no considera un pueblo «especialmente cruel y duro de corazón» y, sin embargo, «bastará mirar al pasado para ver con cuánto esfuerzo se consigue hacer de ellos un pueblo de pensadores»:

Estos alemanes se han hecho una memoria mediante instrumentos horribles [...] basta pensar en los antiguos castigos alemanes, por

ejemplo en la lapidación (ya la leyenda hace caer la piedra de molino sobre la cabeza del culpable), la rueda (¡la invención más propia y la especialidad del genio alemán en el reino del castigo), el empalamiento, el ser desgarrado o pisoteado por caballos (el «descuartizamiento»), hervir al criminal en aceite o vino (aún en los siglos XIV y XV), el popular degollamiento («sacar la piel a tiras»), cortar carne del pecho, o también untar al malhechor con miel y abandonarlo a las moscas bajo el sol ardiente. Con ayuda de esas imágenes y procedimientos se acaba por conservar en la memoria cinco o seis «no quiero», en referencia a los cuales uno da su *promesa* para vivir disfrutando de las ventajas de la sociedad, ¡y realmente mediante este tipo de memoria se acaba «entrando en razón»! Ah, la razón, la seriedad, el dominio de las emociones, toda esa cosa sombría que se llama reflexión, todos esos privilegios y galas del hombre: ¡qué caros han salido!, ¡cuánta sangre y horror hay en el fondo de todas las «cosas buenas»!

Lo peor es que semejantes torturas no se infligían sin producir cierto placer en quienes las aplicaban:

Todavía no hace demasiado tiempo que no se concebía una boda principesca o una fiesta popular de gran estilo sin ejecuciones, torturas o por ejemplo un auto de fe, e igualmente ninguna casa noble sin seres en los que se pudiese descargar sin reparo alguno la maldad y el gusto por las burlas crueles [...] Ver sufrir sienta bien, hacer sufrir todavía mejor: ésta es una afirmación dura, un viejo y poderoso principio fundamental humano-demasiado humano [...] Sin crueldad no hay fiesta: así lo enseña la vieja y más larga historia del hombre, ¡y también en el castigo hay tanto de *festivo*!

También Kafka describe en su relato cómo la ejecución del condenado en la máquina pedagógico-torturadora era considerada una fiesta popular en la que el pueblo aprendía cómo se imparte justicia. El innegable placer de los asistentes—descrito por el oficial ideado por Kafka—emula bien a uno de aquellos espectáculos de la Edad Media o del Barroco español en el que todavía se quemaban herejes en las plazas públicas.

Si tenemos en cuenta la tajante afirmación de Nietzsche «Ver sufrir sienta bien, hacer sufrir todavía mejor», enseguida nos vienen a la mente todo tipo de crueldades sádicas; y, entre todas ellas, quizá destacan las imágenes de campos de concentración nazis donde los guardianes se ensañan con los cautivos, quienes quedan reducidos a muertos vivientes, a seres sin dignidad ni condición humana con los que se puede hacer lo que se quiera. Cinismo y crueldad constituían la esencia de aquellas «instituciones penitenciarias»; ya el mismo lema del portón de Auschwitz, «*Jedem das seine*» (el abuso cínico del lema latino *suum cuique*, ‘a cada uno lo suyo’), confería al ominoso lugar la apariencia de espacio en el que se imparte justicia: sólo que en este caso era la justicia de los tiranos, una justicia impostada.

La referencia aquí a los campos de concentración nazis no es ociosa porque diversos comentaristas han visto en el relato penitenciario de Kafka una metáfora visionaria del advenimiento de los campos de exterminio hitlerianos. El «universo concentracionario» se concibió, según explicó Hannah Arendt en su mencionado libro sobre el totalitarismo, para reeducar a los díscolos de una ideología, a aquellas personas que dudaban de una concepción del mundo que se les quería imponer; tal era el caso de los miles de «presos políticos» en el gulag soviético y en los campos de concentración alemanes. Pero también se destinaban al exterminio de quienes habían sido declarados infrahumanos: era el caso de los judíos, homosexuales, gitanos, etcétera. Aquellos campos de concentración o de exterminio se asemejaban a infiernos en la tierra, allí los presos carecían de identidad, no eran ya ciudadanos y ni tan siquiera esclavos a los que hubiera que alimentar y proteger a fin de que siguieran siendo útiles.

Kafka no conoció nada de esto, ni lo presagió ni se lo imaginó, aunque si hubiera vivido más es casi seguro que también él habría sido asesinado en uno de estos campos de la muerte, al igual que lo fueron sus tres hermanas y la mayoría de sus conocidos judíos de Praga. Por eso, y de nuevo en las palabras certeras de Hannah Arendt, el terror que hoy transmite *En la colonia penitenciaria* radica, antes que en una supuesta «premonición» de lo que estaba por venir, «en que ha sido precisamente la realidad de las cámaras de gas lo que ha hecho que esta historia conserve su inmediatez».¹⁵

De lo que sí tuvo noticia Kafka fue del horror que reinaba en las colonias europeas de África, Oceanía, Asia y Sudamérica, por eso escenificó la idea de

esa justicia impostada que allí se impartía bajo jurisdicción policial. Ya hemos visto que estas dudosas circunstancias causaban consternación en algunos sectores de la opinión pública y en ámbitos judiciales fuera de las colonias, y que de vez en cuando surgían voces que denunciaban las injusticias que se perpetraban en los trópicos. También esto se refleja en el relato de Kafka, que termina concediendo una esperanza, por mínima que sea: las nuevas autoridades de la colonia penitenciaria parecen estar en desacuerdo con la manera de impartir justicia que allí domina, una forma anticuada que el nuevo comandante está dispuesto a erradicar. Ésa es la leve luz que brilla al final de la horrenda narración, en definitiva que las cosas de la Justicia humana—que no las de la Justicia metafísica—pueden cambiar; y, en efecto, algo parecen haber cambiado después de los horrores padecidos en el último siglo.

EL RELATO SANGRIENTO SALE A LA LUZ

Aunque Kafka concibió y escribió *En la colonia penitenciaria* en octubre de 1914, el relato sólo nació en forma de libro cinco años después, en 1919. En octubre de 1915, en plena recesión editorial a causa de la guerra mundial, Kafka propuso a la editorial de Kurt Wolff la publicación de un volumen titulado *Strafen* ('Castigos'), que incluiría los relatos *La condena*, *La transformación* y *En la colonia penitenciaria*. La editorial rechazó esta propuesta, reiterada otra vez por Kafka en julio de 1916, cuando fue rechazada de nuevo.

De las obras mencionadas, *La transformación* apareció en un volumen independiente a finales de 1915, aunque fechado en 1916; *La condena*—el relato breve que Kafka calificó como «su favorito»—, se publicó en un tomo minúsculo ese mismo año, dentro de la célebre colección «Der Jüngste Tag» ('El juicio final'), consagrada a textos breves de jóvenes escritores. Pero *En la colonia penitenciaria* no corrió la misma suerte. Wolff comunicó a Kafka en una misiva no conservada que aunque le gustaba el texto, le daba «apuro» publicarlo entonces, que le resultaba «penoso» hacerlo. Con el vocablo utilizado (*peinlich*, 'penoso', 'embarazoso'), el editor se refería tanto a que le

causaba dolor como vergüenza dar a luz el cruel relato. Según Reiner Stach, esto parecería raro en un hombre que había luchado en las trincheras de la guerra; pero la contienda no había llegado todavía a su fin y el relato de Kafka no era precisamente de los que hacen olvidar la sangre, el sudor y las lágrimas. Sin embargo, con este rechazo ocasional Wolff no desestimaba su publicación, sino que todavía tenía que decidir la manera más apropiada de llevarla a cabo.

Kafka respondió a Wolff por escrito el 11 de octubre de 1916 refiriéndose precisamente a lo «penoso» de la historia:

Las palabras que dedica a mi manuscrito me han sido muy gratas. Sus objeciones relativas a lo que resulta penoso coinciden por entero con mi opinión, la cual se extiende en este mismo sentido a casi todo cuanto me rodea hasta el momento. Dese usted cuenta de qué pocas cosas quedan libres de este penar en una u otra forma. Como explicación de este último relato añado que no sólo él resulta penoso sino que más bien todo este tiempo nuestro ha sido y es penoso, y el mío en particular lo es y lo lleva siendo más todavía que el general. Dios sabe hasta dónde habría caído por este camino si hubiera seguido escribiendo o, mejor dicho, si mis circunstancias y estado me hubieran permitido dedicarme a la escritura como era mi más ferviente deseo. Pero no ha sido así. Tal y como me hallo ahora, sólo me queda esperar que llegue la tranquilidad, con lo cual tan sólo me muestro, al menos en lo aparente, como innegable hijo del tiempo en que vivimos. También comparto su opinión de que la historia no debe publicarse en «Der Jüngste Tag». Por cierto, tampoco debería hacerse pública en la Sala Golz, donde me han dicho que tendrá lugar una lectura en noviembre en la que se espera que yo mismo acuda a leer.¹⁶

«Penoso» era, pues, todo. La época y la vida de Kafka, de ahí lo terrible del relato y lo terrible de lo que podría haber escrito de haberse dedicado en cuerpo y alma a ello.

A estas alturas del año 1916, ya había pasado para él aquel tiempo de intensa actividad creadora. El agotador trabajo en el Instituto de Seguros laborales había ocupado más tiempo de lo normal en la vida de Kafka, dado que hubo que estudiar los innumerables casos de indemnizaciones a los

heridos de guerra, un cometido del que se ocupó con enorme diligencia y éxito. Por lo demás, hacía ya meses que había interrumpido la escritura de *El proceso*; los capítulos que dio por terminados son obras maestras, y la novela en sí es una obra maestra inacabada, pues aunque su capítulo final está completo, algunos capítulos intermedios sólo estaban esbozados. Entretanto, la escindida relación con Felice, tan unida precisamente a *El proceso*, había vuelto a renacer entrando en una nueva fase: hubo reconciliación. La relación cobró nuevos bríos, no tantos como en los comienzos, pero al menos abrigaba cierta apariencia de futuro.

En el fragmento de la carta a Wolff citado anteriormente, Kafka menciona una próxima lectura pública de su relato en la «Sala Golz»; se refería a la librería y galería de arte de Múnich con ese nombre, uno de los centros del «expresionismo» más activos de la época. En este lugar había quedado también para verse con Felice, que asistiría al acontecimiento desplazándose desde Berlín.

A Kafka le entusiasmaba leer en público, práctica muy extendida en aquel tiempo entre los escritores. Solía leer en reuniones de parientes y amigos fragmentos de sus autores favoritos (Flaubert, Kleist, Dickens o las historias de calendario de Johann Peter Hebel), además de sus propias creaciones. Es conocida su afirmación de que le encantaría leer en público *La educación sentimental* de Flaubert de un tirón y sin pausa; éste era uno de sus libros favoritos. Nada más terminar de escribir el descabellado relato *La condena*, después de haber pasado una noche entera trabajando en él, apenas salir el sol Kafka corrió a la habitación de sus hermanas para leérselo y ver la impresión que les causaba. Por lo general sus obras provocaban sorpresa y pasmo.

Él mismo nunca se las tomaba muy en serio, al menos de cara a la audiencia cuando ésta era la de sus íntimos. Max Brod recuerda en *Sobre Franz Kafka* que cuando les leyó el primer capítulo de *El proceso* a él y a los demás amigos, Kafka no podía parar de reír, y que todos los presentes terminaron también riendo como locos.¹⁷ Era la muestra tanto de su propio desapego hacia lo escrito, como del humor peculiar que encierran algunos de sus pasajes; un humor desesperado, paradójico, grotesco, pero humor al fin y al cabo.

Ninguna constancia ha quedado de la impresión que causó en estos mismos amigos la primera lectura por parte de Kafka de *En la colonia penitenciaria*.

Sabemos que tuvo lugar en casa de los padres de Franz Werfel, recién terminado el relato, y unos días después de que se lo hubiera leído a Brod en privado. Allí se encontraban, aparte de Max Brod, Otto Pick, los padres de Werfel, éste y sus dos hermanas, muy guapas ambas. Reiner Stach dice que Kafka no pudo apartar la vista de las dos chicas y que por eso no anotó ningún comentario sobre la impresión que les causó el relato; supone, eso sí, que en aquella ocasión «nadie rio, ni el autor, ni los oyentes».¹⁸

En cambio, sí que contamos con el testimonio de un testigo de la lectura pública de este relato que hizo Kafka en la Sala Golz de Múnich, la tarde del 10 de noviembre de 1916. El escritor suizo Max Pulver se encontraba entre los presentes y dejó escrito un testimonio muy particular del acontecimiento. «¿Quién era este Kafka?—se preguntaba un joven Pulver que, además de poeta, era también psicólogo, y llegaría a ser un experto grafólogo—. ¿Quién era aquel hombre al que la mezquindad humana le parecía tan corriente? ¿Quién era aquel hombre con su casi turbadora apariencia de imparcialidad frente a la angustia espiritual?». ¹⁹ Y a continuación, añadía:

Sólo Gógol, sólo Dostoievski, sólo los rusos habían hallado hasta entonces ese tono: describir una humanidad mezquina sin lamentos y sin desprecio, ver y contar la apatía de los humillados sin sentimentalismo, así como la crueldad de los crueles. El vacío de la existencia adocenada de la inmensa mayoría como la gran misión del escritor. No para consolar, ni para encubrir. Esa nada gris como sustancia espiritual, y la narración tejida con ese paño descolorido, deshilachado.²⁰

Superando la guerra y las fronteras, continuaba Pulver, aquel «hombre singular» que era Kafka había venido a Múnich a leer su obra. La sala estaba mal iluminada, sin calefacción, de las paredes colgaban cuadros al óleo, «fórmulas coloreadas y rítmicas o terribles montajes de gusto expresionista». Y allí estaba también Kafka, sentado en el escenario delante del atril:

Como una sombra, los cabellos oscuros, pálido, una figura que no acertaba a desterrar su apuro ante la propia aparición en público. Así leyó, inclinado sobre el atril, un fragmento en prosa inédito: «En la colonia penitenciaria».

Y Pulver continúa:

Cómo hablaba, lo he olvidado. Con las primeras palabras pareció extenderse por la sala un desabrido olor a sangre, y un regusto extrañamente insípido e impreciso se me instaló en los labios. Su voz podía sonar a disculpa, pero sus imágenes penetraron en mí como un cuchillo afilado. No sólo se describía una máquina de torturar y una tortura con las palabras de éxtasis reprimido del torturador y ejecutor. El propio oyente era arrastrado a esos martirios del infierno, también él yacía como víctima en el basculante lecho de tortura, y cada nueva palabra, como otro pinchazo, rasguñaba en su espalda el lento suplicio.

Un golpe sordo, confusión en la sala. Sacaron a una dama que se había desmayado. La descripción entretanto continuó. Sus palabras dejaron tendidas de nuevo a dos personas que habían perdido el conocimiento. Las filas de oyentes empezaron a clarear. Algunos huyeron en el último momento, antes de ser aplastados por la visión del escritor. Jamás he presenciado un efecto semejante en una lectura pública.²¹

Stach pone en duda la veracidad de la crónica, le parece sobredimensionada y cree que los desmayos del público fueron pura invención dramática del joven Pulver, futuro autor teatral. Aun así, nos gustaría creer en su veracidad; y seguramente que el efecto provocado por aquella lectura en los oyentes fue de todas formas sonado y terrible. Lo curioso es que con objeto de eludir la censura, que miraba con lupa lo que acontecía en la Sala Golz—considerada un nido de artistas bohemios provocadores—, el texto de Kafka no se anunció con su título verdadero, sino con el muy extravagante «Fantasía en los trópicos»; así apareció en la prensa el 7 de noviembre de 1916.

Lo que sí se tiene por cierto de aquella velada es un comentario que supuestamente habría hecho Kafka tras la lectura, en un restaurante ante algunos de los asistentes al acto y también de Felice Bauer: «No tendría que haber leído mi breve y sucia historia».²² Es el periodista Eugen Mondt quien lo transmitió. También éste asistió a la lectura múniquesa, y comentó que impresionaba tanto que varias damas se pusieron en pie y abandonaron la sala; nada de desmayos, sólo náuseas reprimidas, pero es bastante como para que nos hagamos una idea cabal de la realidad.

En sus crónicas, los periódicos no trataron bien a Kafka, lo tildaron de «comunicador bastante insuficiente» y hasta de «vicioso del horror»; y sobre el relato escribieron que era «demasiado largo y poco cautivador». Entre el público de aquella famosa velada se hallaba el gran poeta Rainer Maria Rilke, ya famoso entonces. Por una postal de Kafka a Felice ha quedado constancia de que el autor de *Elegías de Duino* cruzó unas palabras con Kafka, y que le dijo que admiraba *El fogonero*, pero también, que ni en *La transformación* ni en *La colonia penitenciaria* había logrado mantener la coherencia de aquel «espléndido relato». Sin embargo, Kafka no pareció darle gran importancia a la crítica, más bien se quedó con el elogio, que al provenir de aquella autoridad literaria ya era mucho.

La estancia en Múnich de Kafka supuso un nuevo encuentro con Felice, con la que apenas pudo verse unas horas que no debieron de ser de las más apasionantes. Según Stach, no reinó entre ellos el buen humor. Se evidenciaba de nuevo en su relación el conflicto esencial que los separaba casi de raíz: Felice no entendía que por causa de aquella literatura de su novio, que ella no apreciaba en lo más mínimo, tuvieran que renunciar a ser un matrimonio «normal», es decir, convencional y burgués. A ella no le gustó la historia de la máquina asesina, como tampoco la de Gregor Samsa, transformado en bicho monstruoso; ni el relato *La condena*, que Kafka le había dedicado expresamente a ella, a pesar de que cuenta la historia de un padre que condena a muerte al hijo porque este último quiere casarse. Felice hubiera preferido de todo corazón que su futuro esposo no fuera tan singular. La relación entre los dos no iba a durar mucho más.

En la ciudad atravesada por el Isar y ante un público culto, *En la colonia penitenciaria* había superado su puesta de largo. Pero Kafka tenía sentimientos encontrados respecto a su relato. Cuando lo leyó en casa de sus amigos por primera vez, constató cierta satisfacción, pero igualmente «alguna que otra pequeña deficiencia en la parte final». Parece que por esta razón hubo intentos de continuar o enmendar alguna parte de la historia, según se desprende de unas breves anotaciones fragmentarias en el diario de Kafka, fechadas en agosto de 1917, pocos días antes de que sufriera el primer ataque de tos con brote de sangre. Los fragmentos, inconexos y descabellados, sugieren que anduvo dándole vueltas al relato, tal vez a la parte final o a algún personaje.

En septiembre de 1917, Kurt Wolff propuso a Kafka editar *En la colonia penitenciaria* en un volumen independiente, diciéndole que jamás había renunciado a publicar «esta obra que tan extraordinariamente admiro y aprecio».²³ En la misma carta, Wolff le anunciaba que también aceptaba la idea de publicar otro nuevo libro suyo: *Un médico rural*. Éste era el título general bajo el que se agrupaba una recopilación de relatos más breves con los que Kafka estaba más satisfecho que con el de la colonia; entre las nuevas narraciones se contaban joyas literarias como *Ante la ley*, *Informe para una academia* o *Un sueño*.

Kafka respondió a Wolff que con respecto a *En la colonia penitenciaria* tal vez hubiera habido un «malentendido», puesto que nunca había pedido «por propia iniciativa y de todo corazón» que se publicara este relato. «Hay dos o tres páginas poco antes del final que son una chapuza, su presencia hace patente una carencia más profunda, en alguna parte hay un gusano que roe el interior y torna hueca la historia por redonda que parezca».²⁴ De manera que Kafka pidió a Wolff que esperase todavía un poco para publicarla; por entonces—añadía—, se encontraba enfermo y se marchaba una temporada a reponerse a la aldea de Zürau, al campo, con su hermana. Le aseguraba finalmente al editor que, si la enfermedad se lo permitía, escribiría obras «mucho mejores» que aquel relato sangriento.

Un año después, en octubre de 1918, Wolff volvió a la carga. Le proponía a Kafka la publicación de *En la colonia penitenciaria* en una edición especial, destinada a una nueva serie de la editorial, los «Textos Drugulin», denominados así en homenaje a una celebrada imprenta de Leipzig, especializada en crear bellos caracteres tipográficos para ediciones de bibliófilo. Wolff repetía que estimaba el relato, pero que sentía «cierto horror y estupor ante la estremecedora intensidad de su argumento tan terrible».²⁵

Kafka consintió en publicarlo. «He recibido el manuscrito, recortado una pequeña parte, y hoy mismo lo devuelvo a la editorial», escribió el 11 de noviembre de 1918.²⁶ ¿Qué parte cortó? No lo sabemos. Finalmente, *En la colonia penitenciaria* apareció en octubre de 1919 y la edición tuvo una tirada inicial de mil ejemplares.

El escritor y periodista alemán Kurt Tucholsky, uno de los primeros difusores de Kafka, reseñó en 1920 *En la colonia penitenciaria* de manera harto elogiosa y equiparó a Kafka con Kleist:

Desde *Michael Kohlhaas* no hay ninguna otra novela alemana que haya sido escrita con tan poderosa conciencia de reprimir aparentemente cualquier tipo de simpatía por parte del lector [...] Su lenguaje es puro y objetivo, clarísimo y cristalino.²⁷

A su vez, inscribió el relato en el ámbito de las «pesadillas» y ya vio entonces que lo más terrible en él no es la crueldad de lo descrito, sino la «amoralidad» absoluta del oficial enamorado de su máquina torturadora; su reverencia ilimitada por «el poder sin barreras» que posibilita toda clase de vejaciones impunes. Decía que Kafka no tenía nada de inocente: tras esa apariencia de relato soñado, se escondía «tan poca inocencia como en Kleist», concluía.

Tucholsky había iniciado el camino de la interpretación kafkiana relacionada con el advenimiento de los totalitarismos; también Max Pulver tomó ese camino:

Por más absurda y repugnante que pareciera aquella colonia penitenciaria, no era más que una imagen anticipada de nuestro tiempo. Una previsión de la época que había de venir. El autor era aquí un «visionario».²⁸

Así lo sería igualmente para Hannah Arendt, Walter Benjamin, Theodor W. Adorno y tantos otros exégetas de los relatos y novelas de Franz Kafka; un escritor, en verdad, de lo más singular en la modernidad, quizá el más oscuro y el más influyente, y ello aún cuando el propio Kafka se tuvo a sí mismo por el más insignificante y humilde.

Nuestra traducción ha seguido al pie de la letra aquella primera edición de la editorial Kurt Wolff de Leipzig de 1919.²⁹

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE FRANZ KAFKA

Aforismos, visiones y sueños, trad. José Rafael Hernández Arias, Madrid, Valdemar, 1998.

Briefe 1902-1924 [Cartas 1902-1924], ed. Max Brod, Fráncfort del Meno, Fischer, 1983 (28.^a ed.).

Briefe an Felice und andere Korrespondenz aus der Verlobungszeit, ed. Erich Heller y Jürgen Born, Fráncfort del Meno, Fischer, 2009 (11.^a ed.). [Existe traducción en español: *Cartas a Felice*, trad. Pedro Sorozábal, Madrid, Nórdica, 2013].

Cartas a Milena, trad. Carmen Gauger, Madrid, Alianza, 2015.

La transformación, trad. Luis Fernando Moreno Claros y Pilar Benito Olalla, Vilaür, Atalanta, 2016.

«*La condena*» y «*El fogonero*», trad. y epílogo Luis Fernando Moreno Claros, Barcelona, Acantilado, 2018.

Obras completas I. Novelas: El desaparecido (América). El proceso. El castillo, trad. Miguel Sáenz y Joan Parra, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999. El volumen incluye el ensayo de Klaus Wagenbach «Franz Kafka: una biografía» y, a modo de prólogo, el artículo de Hannah Arendt «Franz Kafka, revalorado».

Obras completas II. Diarios: Cuadernos y legajos. Diarios de viaje. Carta al padre, pról. Nora Catelli, trad. Andrés Sánchez Pascual y Joan Parra, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000.

Obras completas III. Narraciones y otros escritos: Libros publicados en vida. Textos sólo publicados en diarios o revistas. Escritos póstumos, pról. Jordi Llovet, trad. Adan Kovacsics, Joan Parra y Juan José del Solar, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2003.

ACERCA DE FRANZ KAFKA

BEGLEY, Louis, *El mundo formidable de Franz Kafka. Ensayo biográfico*, trad. Ignacio Villaro, Barcelona, Alba, 2009.

BORN, Jürgen, *Kafkas Bibliothek* [La biblioteca de Kafka], Düsseldorf, Onomato, 2011.

BROD, Max, *Kafka*, trad. Carlos F. Grieben, Madrid, Alianza, 1974.

CITATI, Pietro, *Kafka*, trad. José Ramón Monreal, Barcelona, Acantilado, 2012.

JANOUGH, Gustav, *Conversaciones con Kafka*, trad. Rosa Sala, Barcelona, Destino, 2006.

KOCH, Hans-Gerd (ed.), *Cuando Kafka vino hacia mí...*, trad. Berta Vias Mahou, Barcelona, Acantilado, 2009.

STACH, Reiner, *Kafka. Los primeros años. Los años de las decisiones. Los años del conocimiento*, 2 vols., trad. Carlos Fortea, Barcelona, Acantilado, 2016.

UNSELD, Joachim, *Franz Kafka. Ein Schriftstellerleben*, Múnich y Viena, Hanser, 1983 (3.^a ed.). [Existe traducción en español: *Franz Kafka, una vida de escritor*, trad. J. M. Mínguez, Barcelona, Anagrama, 1989].

WAGENBACH, Klaus, *Franz Kafka*, Fráncfort del Meno, Rowohlt, 2015 (4.^a ed.). Nueva edición revisada de la célebre biografía publicada en la misma editorial en 1964. [Existe traducción en español: *Franz Kafka en testimonios personales y documentos gráficos*, trad. Federico Latorre, Madrid, Alianza, 1970].

—, *Franz Kafka. Imágenes de su vida*, trad. Joan Parra, Barcelona, Círculo de Lectores, 1988.

WOLFF, Kurt, *Autores, libros, aventuras. Observaciones y recuerdos de*

un editor, seguidos de la correspondencia del autor con Franz Kafka, trad.
Isabel García Adánez, Barcelona, Acantilado, 2010.

NOTAS

¹ En el diario checo de Praga *Národní Listy*, el 6 de junio de 1924.

² Reiner Stach, *Kafka*, trad. Carlos Fortea, Barcelona, Acantilado, 2016, vol. II, p. 1385.

³ Franz Kafka, *Tagebücher. Originalfassung*, vol. 2: 1912-1914, en: *Gesammelte Werke*. [Obras completas], ed. Hans-Gerd Koch, Fráncfort del Meno, Fischer, 2008, pp. 166-167. Traducción propia.

⁴ *Ibid.*, 6 de agosto de 1914, p. 167.

⁵ *Ibid.*, p. 169.

⁶ Kafka fue fiel incluso de adulto a la serie de libros juveniles «Grüne Bändchen» ('Los tomitos verdes'), editados por la editorial Schaffstein, en Colonia. En su biblioteca quedaron tres de estos pequeños volúmenes: *Der Bananenkönig* [El rey de las bananas], n.º 73; *Briefe eines Kaffee-Pflanzers* [Cartas de un plantador de café], n.º 50; y *Der Zuckerbaron. Schicksale eines ehemaligen deutschen Offiziers in Südamerika* [El barón de azúcar. Las aventuras de un antiguo oficial alemán en Sudamérica], n.º 54. Véase Jürgen Born, *Kafkas Bibliothek*, Düsseldorf, Onomato, 2011, p. 221.

⁷ Dos años después se tradujo al alemán: *Der Garten der Qualen*, trad. Franz Hofen, Budapest, G. Grimm, 1901.

⁸ Octave Mirbeau, *El Jardín de los Suplicios*, trad. Lluís Maria Todó, Madrid, Impedimenta, 2012. Las siguientes citas de la novela de Mirbeau también son de esta versión electrónica.

⁹ Regina von Wladiczek (pseudónimo de Richard Fuhrmann), *Die Fieberschule der Amalgamisten. Dämonischer Roman aus der Gegenwart*

[La escuela febril de los amalgamistas. Novela demoníaca del tiempo presente], «Dokumente zur Sittengeschichte der Menschheit», t. 12, edición privada, posiblemente W. Schindler, sin lugar de edición, quizá Berlín, 1907, 187 pp., tirada de cuatrocientos ejemplares. El reclamo editorial de la novela rezaba: «Una recopilación de todas las perversiones eróticas posibles e imposibles. Un relato muy sádico en el que al final todos los participantes experimentan la muerte como la más voluptuosa de las liberaciones».

¹⁰ Citado en Franz Kafka, *In der Strafkolonie. Eine Geschichte aus dem Jahre 1914* [En la colonia penitenciaria. Una historia del año 1914], ed. Klaus Wagenbach, Berlín, Klaus Wagenbach, 2010, 4.^a ed., p. 114. Traducción propia.

¹¹ Arthur Schopenhauer, *Parerga y paralipómena*, II, c. 12, § 156.

¹² *Id.*, *Diarios de viaje*, trad., intr. y notas de Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Trotta, 2012, pp. 149-150.

¹³ Gustav Janouch, *Conversaciones con Kafka*, trad. Rosa Sala, Barcelona, Destino, 1998, 2.^a ed., p. 158.

¹⁴ Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, trad. José Mardomingo Sierra, en: *Nietzsche*, II, Madrid, Gredos, 2009, pp. 626 y ss. Las siguientes citas de Nietzsche son de esta edición y pertenecen al tratado II («“Culpa”, “mala conciencia” y otras cosas afines»), §§ 3 y 6.

¹⁵ Hannah Arendt, «Franz Kafka, revalorado», trad. Joan Parra, en: Franz Kafka, *Obras completas I*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, 1999, p. 182.

¹⁶ «Franz Kafka a Kurt Wolff, Praga, 11 de octubre de 1916», en: Kurt Wolff, *Autores, libros, aventuras. Observaciones y recuerdos de un editor, seguidos de la correspondencia del autor con Franz Kafka*, trad. Isabel García Adánez, Barcelona, Acantilado, 2010, p. 176.

¹⁷ Max Brod, *Über Franz Kafka*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1983, 5.^a ed., p. 156.

¹⁸ Reiner Stach, *Kafka, op. cit.*, p. 1398.

¹⁹ Max Pulver, «Paseo con Franz Kafka», en: Hans-Gerd Koch, *Cuando Kafka vino hacia mí...*, trad. Berta Vías Mahou, Barcelona, Acantilado, 2009, pp. 161.

²⁰ *Ibid.*, p. 162.

²¹ *Ibid.*, pp. 162-163.

²² Eugen Mondt, «Una velada con Franz Kafka», en: Koch, *Cuando Kafka vino hacia mí...*, *op. cit.*, p. 158.

²³ «Kurt Wolff a Franz Kafka, 1.º de septiembre de 1917», en: Wolff, *Autores, libros, aventuras...*, *op. cit.*, p. 184.

²⁴ *Id.*

²⁵ *Ibid.*, p. 189.

²⁶ *Ibid.*, p. 191.

²⁷ Bajo el pseudónimo de Peter Panter, la reseña apareció en la revista *Die Weltbühne* el 3 de junio de 1920.

²⁸ Max Pulver, «Paseo con Franz Kafka», en: Koch, *Cuando Kafka vino hacia mí...*, *op. cit.*, p. 163.

²⁹ Reproducida en Franz Kafka, *Drucke zu Lebzeiten* [Publicaciones en vida del autor], ed. Hans-Gerd Koch, Wolf Kittler y Gerhard Neumann, Fráncfort del Meno, Fischer, 1994.